MEMORIAS DE JESÚS BELLO

Julio César Mejía Gómez

Huaraz-Perú

2015

MEMORIAS DE JESÚS BELLO

Julio César Mejía Gómez

Huaraz-Perú

2015

MEMORIAS DE JESÚS BELLO

Edición digital: Huaraz, Ancash – 2015

© Julio César Mejía Gómez - 2015

Editorial: Quipuskamayoc S.A.

Derechos Reservados

jcemego@hotmail.com

Hecho en el Perú – Made in Perú

stoy sentado sobre mi sofá. Agarro el libro que me costó treinta soles. Reviso la tapa, la contraportada, la presentación, etc. Antes de comprarlo del vendedor ambulante, lo que me atrajo fue su título "Memorias de Jesús Bello" y más que todo su autor: Jesús Bello Torres. Aunque el libro es de segunda mano y escrito a máquina de escribir, lo que valoro es su contenido del que ya quiero enterarme. Así que tengo ganas de saber lo que cuenta, mi compañero de estudios de la especialidad de Lengua y Literatura en los años de 1992 a 1995 del Instituto Superior Pedagógico de Qoriwasi. Abro las páginas y me pongo a leer la portada, la contraportada y… la página siguiente. Observo que el libro ha sido publicado el año 1994.

El año 2010 me encontré por la calle a Jesús, un hombre mediano de tez cobriza, ya calvo. Me sorprendió su esposa: mujer altasa, y ojos como piedra preciosa azulada, y de cabellos de cebada recién cosechada, y de cutis liso y transparente. Ella tenía en brazos un niño de tres años aproximadamente. Este pequeño de ojos y cabellos negros, me sonrió. Jesús, me dijo que gracias a una beca se había doctorado en literatura hispana en la Universidad de La Florida. Residía desde el 2006 en los EE.UU., dictaba literatura quechua en la Universidad de Pensilvania. Ayer, habiendo encontrado su libro "viejo" en "oferta", me interesó conocer su vida…

PREÁMBULO

sta noche no quiero que mis ojos sean manantiales de lágrimas. Pregunto a Dios, cómo mi madre pudo mantenernos con vida durante años. Qué proezas y malabares has hecho madre para que yo ahorita siga pensando en chicas y no sea comida de gusanos. Me dijiste que no sabías leer ni escribir. ¡Oh, ahorita me vence esa cosa que tengo en la garganta y no me deja decir en voz alta lo que quiero decir! Cada que me acuerdo me sorprendo y agradezco a Dios tu grandeza de mujer, de madre. Inolvidable para mí. No distingo entre la oscuridad del cuarto y la de mi mente. Soy espectador de mi propia vida. Ya no soy protagonista. Los episodios, las historias le suceden a mi yo.

No es ni las once de la noche, pero la gravedad de la tierra oprime las frazadas y éstas a mi pecho, me levanto impulsado por una idea repentina. A tientas busco la cajita de fósforos que

descansa sobre la mesa de eucalipto. Saco un palito de fósforo y la froto contra su costado y se enciende y dejo que la mecha de la vela se coloree de fuego. Me siento cerca de la mesa. Y abriendo mi cuaderno de apuntes empiezo a dibujar letras, palabras, frases...

CAPÍTULO I

Entré al jardín a los cuatro años. La primera vez que me llevaron lloré y no quise separarme de mi madre, porque extrañaba mi casa y la calle donde yo vivía. En el salón del jardín la profesora, que tenía los cabellos rizados, me dio cubos para jugar, cosa que me distrajo y me hizo olvidar de mi progenitora.

Al día siguiente, mi madre llevóme al jardín sin hacer caso de mis llantos. Corrí gritando hasta la puerta de la cuna para alcanzarla, sin embargo, la profesora cerró la puerta. Y no vi a mi madre.

Con el tiempo, me habitué al jardín.

En el comedor del jardín, la cocinera, una señora delgada y de porte alto, servía la avena con leche recién hervida.

Hundiendo el cucharón en la olla de aluminio, llenaba las tazas de avena hervida y vaporosa. La cocinera, apenas despegaba sus labios para expresar una sonrisa. Yo tomaba el desayuno muy silencioso mascando el pan y facilitando el paso por mi garganta con un bocado de líquido blanco.

En el recreo, yo andaba observando los salones de un piso con techo y paredes de Eternit. En el campo de juegos, me acercaba a la malla metálica, que dividía al jardín del abismo profundo. ¡Qué miedo! Al fondo, las aguas verde oscuras del *Yana Mayu* bajaban con fuerza apareciendo y desapareciendo de la mirada. ¡Qué miedo vivir en el jardín! Cerca de un río gritón.

La enfermería estaba cerca, era una oficina pintada de blanco y que olía a remedios. Cada vez que el enfermero se preparaba para vacunarme yo me asustaba de la aguja. Después del pinchón yo seguía llorando.

Pasado el recreo, en el salón me ponía a jugar con los cuadrados de madera. El sol se posicionaba en el centro del cielo, los cerros por donde desaparecía el sol estaban secos.

Al mediodía, todos los niños y niñas íbamos en fila al comedor, era la hora del almuerzo. Nos sentábamos y comíamos la sopa caliente y vaporosa, y el arroz con frejoles bien cocidos y suaves.

Recién a las dos de la tarde, las profesoras nos llevaban a un cuarto grande techado con calamina. Ahí dormíamos hasta las cuatro de la tarde. Este cuarto era inmenso y su bóveda de hojalata era inalcanzable. A las cuatro en punto despertábamos y nos íbamos a nuestras casas.

La profesora me advirtió que al día siguiente iba a ver una sorpresa para mí, yo me alegré creyendo que me regalarían algo. Prometí no faltar a clase. En la puerta de entrada, nadie me esperaba. Solo me iba quedando. Esas tardes, a veces el cielo estaba cubierta de gris o el sol nos apuntaba con sus rayos. La hora pasaba y nadie aparecía para llevarme.

CAPÍTULO II

aminando en forma lineal casi cinco cuadras yo me acercaba a mi casa. Varios perros dormidos estaban en la puerta de algunas casas. Cogiendo piedra pasaba lo más lejos de los canes no sin sentir escalofríos. Queriendo jugar con mis cachacos yo entraba a casa.

Desde el jardín hasta el estadio, profesoras y niños fuimos trasladados en un carro celeste. En las gradas del estadio observé a muchos adultos entre mujeres y varones. Bajé del carro y la profesora se me acercó para decirme que competiría en el campeonato de atletismo representando a nuestro jardín de Palmira, con las demás que había en la ciudad de Qoriwasi.

Esa mañana de sol brillante, mi corazón tembló. Yo quería ganar. Mi pulso en el pecho no podía calmar. Me quité el pantalón y también la chompa para quedarme con mi short y polo blanco. Me puse en cuclillas al igual que los demás niños, listo para correr. Mi corazón estallaba de latidos. Un señor vestido de ropa negra, golpeó dos tablitas y corrimos. No pensé en nada más que en llegar primero dando la vuelta al campo del estadio. Mi corazón latió fuerte, mi garganta ardió. Llegar a la meta fue para mí el fin de la falta de aire para respirar. Quise abrazar a mi madre. Los demás niños llegaron tras de mí.

El señor vestido de negro ordenó que se repita la carrera. Esta vez, no pude repetir con exactitud mi ventaja de la primera. Uno de los niños me pasó en mitad de la competencia y llegué segundo a la meta. No resistí llorar fuerte. Mis lágrimas bajaron por mi cara. De mi garganta salió un sonido inarticulado y monótono. Los adultos y niños que pasaron me miraban. Hasta que se me agotó las lágrimas. Mi madre me llevó en sus brazos. De su bolso, ella sacó un plátano y pelándolo me lo dio. "No

llores hijito, en la tarde te doy permiso para que juegues en el campo del frente". Mi llanto cesó. Si mi padre me prohibía salir fuera de casa, mi madre me permitiría jugar y descubrir ese campo. Campo al que no conocía, solo escuché que por ahí andaban *pishtacos*, según se contaba eran hombres que sacaban la grasa del hombre.

CAPÍTULO III

Esa tarde, yo no me distancié de mi casa. En este terreno baldío y deshabitado ubicado frente de mi casa construí un hornito para cocer panecitos de arcilla. Quise ir por la parte sur donde la fila de troncos tenía forma de acantilado, es ahí donde los demás niños competían haciendo volar cometas lo más alto que se pudiera. Yo no podía armar el mío.

Esa tarde el cielo estaba nublado. Vi a un niño crespo, que vivía a ocho casas del mío, que les tiraba piedras a los perros de la esquina. Repentinamente él lanzó una piedra contra un ómnibus que volteaba por la esquina. La piedra impactó contra el vidrio de la ventana del ómnibus. El carro se detuvo, vi que el chulillo bajaba corriendo y cogía del brazo al niño y se lo llevaba al ómnibus. "Él ha hecho, él ha hecho" escuché decirle llorando al

niño. El chulillo no le hizo caso. Creyendo que a mí también me agarraban corrí a mi casa a esconderme bajo una de las camas del dormitorio.

-Yo no he tirado.

-Escóndete debajo de la cama, no salgas- respondió mi madre, preocupada.

Desde mi escondite escuché gritos fuertes en la calle, esos gritos que daban pena eran del niño. ¿Le estarían castigando? Curioso salí del hueco donde estuve escondido, y junto a mi madre observé por la ventana de mi segundo piso. Había bastante gente ubicados en forma de semicírculo, algunos parados y otros sentados en el suelo. Un policía, traído por el chofer, le pegó al niño en el trasero, con un palo de caucho.

-Él ha hecho- decía llorando el niño indicando con su brazo, mi casa. Los golpes eran tan fuertes y los testigos del castigo estaban mudos, nadie lo defendía. Tal vez le tenían miedo al policía. Ni sus padres se acercaron.

En la noche, mi padre no vino a la casa para cenar. Mi madre, quiso salir a buscarlo; pero ya era tarde. "A la Mañana me acompañas, vamos a buscar a tu papá".

CAPÍTULO IV

Fuimos a buscar a mi padre. Mi madre apachó sobre su espalda a mi hermanita menor y jaló del brazo a la penúltima. Mi hermana mayor se fue al colegio. Primero fuimos a la comisaría. Era de mañana ese día que hacía calor. El policía buscó el nombre de mi padre en un papel escrito. "Aquí no está detenido". El uniformado nos llevó al calabozo. Mi madre buscó a mi padre de entre los detenidos. El piso del calabozo estaba húmedo y lúgubre, ahí no llegaba más que poca luz por una pequeña ventana con barrotes. Quise vomitar cuando respiré ese aire que apestaba. Ahí no estaba mi padre.

"Vamos a ir a la morgue" dijo mi madre. El doctor que tenía puesto su saco blanco nos hizo ver un cadáver de varón. Este

tenía los ojos tapados por los párpados. Miré con tranquilidad aquel cuerpo desconocido. Su cara era dura e inamovible. El olor a remedios era fuerte en ese cuarto verde oscuro. No le vi sorprendida a mi madre.

En la calle, mi progenitora, callada y cansada, aún se preocupaba por encontrar a mi padre. Vi que ya era tarde, las nubes grises habían borrado el cielo azul. Me di cuenta que entramos al hospital por la puerta de emergencias. Una enfermera nos gritó. Quiso botarnos del lugar. Después de esperar bastante rato oliendo ese aroma a enfermos, remedios y desinfectantes de baño, esa enfermera nos dijo que no había ningún enfermo con el nombre de mi padre.

Caminamos mucho rato, pasamos muchas cuadras, por muchas tiendas, un parque, colegio y un templo cuya puerta estaba cerrada, hasta que llegamos a la Iglesia más conocida de la ciudad, donde descansaba el Patrón de la Ciudad. En todo ese recorrido la gente pasó y repasó las veredas con sus caminatas.

Dentro del templo nos acercamos hasta las primeras filas de las bancas. Mi madre se puso de hinojos, y rezó, mirando fijamente a Cristo en la cruz, que estaba semidormido. Cristo parecía real, con sus cabellos de verdad, sus ojos verdes a medio ocultarse por la caída de los párpados. Cristo parecía que sudaba por todo su cuerpo. Yo no pude dejar de levantarme de la banca y caminar. No me preocupaba de rezar. Miré a mi madre con la cabeza gacha. Repentinamente levantaba la cabeza y miraba pensativa a Dios. Le chorreaban lágrimas por su cara arrugada.

Escuché piar a un pajarito que se había metido por la alta ventana de vidrios coloridos, junto a la bóveda de madera del templo. Ese día nadie estaba en el templo más que nosotros, por eso, en el silencio mis pisadas tenían eco.

En ese silencio escuché el péndulo de un reloj antiguo que estaba en un costado del templo. Ese giro norte-sur y viceversa sin parar dentro de la caja de madera del péndulo, emitía un tac

tac. Los Cristos y santos no miraban como la gente, por eso a mí me gustaba verlos.

Cuando salíamos del templo, una señora canosa nos miró con pena. "Acérquense a mi casa para darles algo" escuché decirnos a la señora. Y después esta entró al templo seguida de otras viejitas. Mi madre, seguro conocía esa casa, porque no le preguntó dónde vivía.

Fue así que bajamos a la casa de la señora. Era un hostal en cuya fachada mi madre deletreó "C-O-L-O-M-B-A". En el camino de entrada había jardines floridos en los costados, más adentro, en el centro del patio, había un jardín con bastantes flores, hierbas y palmeras. Fue lindo observar aquel jardín, pero la señora demoraba en regresar. Estuvimos hasta la hora en que comenzó a oscurecer. El pajarito enjaulado pío, el cielo nublado se hizo más gris, el portero vino acompañado de un perro pastor alemán. "La señora a nadie espera" nos dijo molesto. Salimos a la calle, pensé que la señora me regalaría un juguete.

Las infinitas gotas de agua del cielo humedecieron nuestras ropas, el frío me hizo temblar. Toda la ciudad estaba bombardeada por la lluvia. Por las pistas de la calle fluían riachuelos de agua. Si nos deteníamos a protegernos de la lluvia en el alero de una casa, nos tardaríamos en llegar hasta la nuestra. Ya anochecía cuando llegamos a una casa de adobe.

Una viejita vestida de negro abrió la puerta y mi madre la saludó. Luego la viejita nos dejó entrar. Mi madre preguntó si podía decirnos dónde estaba mi padre: o vivo, o muerto. La viejita dijo que consultaría al Señor Enriquito, una imagen de santo que no había visto en el templo. A esta imagen tallada alumbraban velas grandes. Vi que las paredes de la casa eran tapices negros y el suelo era tierra. La viejita le prendió una vela chica al Señor Enriquito y rezó en silencio y bien concentrada. Después de un rato, la viejita observó la mecha de la vela. "Tu esposo está vivo, se ha ido con otra mujer" dijo la anciana sin dudar. "Pronto vas a recibir noticias". Mi madre quedó apenada, vi sus lágrimas

brillantes en sus ojos. Antes de retirarnos, mi madre le dio plata a la viejita.

Regresamos a casa sin decir nada. Llegando, mi madre dijo a mi hermana mayor que mi padre ya no volvería más. Esta escuchó y dejó ver su boca abierta. No quise entrar al dormitorio, le faltaba algo para que lo sienta como normal. La vela alumbró opaca y confundió nuestras sombras en la pared y el techo. Dormí sin comer al igual que mi madre. Luego el dormitorio se transformó en una caja cerrada, totalmente oscura y asfixiante, pero que por las tablas del piso entraba el aire y por el agujereado techo de tejas también bajaba polvo y aire. La carta era lo esperanzador que yo quería ver mañana, pasando mañana o... Yo pienso que mi padre nos manda plata para reunirnos con él. Seguro nos va a decir, vengan.

CAPÍTULO V

La noticia que recibimos de mi padre y que había vaticinado la anciana devota del "tete" Enriquito llegó a través de un pariente lejano de él. El pariente nos entregó un paquete bien asegurado con sintescoch y nos dijo que mi padre estaba bien en la capital y trabajando como chofer. Mi hermana cogió un cuchillo y rompió ansiosa y alegre la envoltura del paquete. Sacó prendas de vestir. Eran una chompa, blusa, zapatos y una gorrita celeste, tejida a mano. Nos contentamos, pero mi madre estaba triste.

Fue mi hermana quien encontró en el bolsillo de la blusa nueva, un sobre arrugado; era una carta. Lo desplegó y como mi madre no sabía leer, mi hermana comenzó a deletrear el contenido. "Mi priii-mo lesva eeen-tre-gaaar tres-cieeen-tos sooo-lesss" fue lo que escuché. Pero el tal primo no nos había dicho nada, tal vez se olvidó de decirnos. También en el papel estaba escrito un número telefónico al que debíamos llamar para confirmar la recepción de la plata.

Mi madre no quiso hacerse problemas con ese pariente, ya que tenía miedo que nos boten, pues el terreno donde vivíamos era del padre de ese pariente. Mi hermana no se desanimó y decidida a recuperar la plata fue a pedirlo al pariente que vivía al lado de nuestra casa.

Después de un rato, mi hermana regresó a casa. Ella tenía los ojos rojos. "¿Qué ha pasado?" preguntó

preocupada mi madre. Ella seguía derramando riítos de agua de sus ojos, que resbalaban para pasar por los costados de su boca. Luego nos dijo muy triste: "Se echan la culpa con su hermana, ese hombre dice que lo ha dejado envuelto con una servilleta en su ventana. Su hermana dice que "lo han perdido". "Tanta maldad no puedo creer que haya en el corazón de ese hombre", dijo mi madre. "Sabe que necesitamos la plata, y nos roba". Mi madre derramó agua de sus ojos, pero sin hablar.

Mi hermana fue donde un tío lejano para llamar por teléfono a mi padre. Éste se enojó. "No llores hijita, cuando pueda voy a mandar plata por agencia de transportes, llámame siempre para que sepas si recibes o no". Así nos contó la conversación que mi hermana tuvo con mi padre.

Habían pasado muchos días desde que mi padre se había ido de casa. Habían pasado muchas noches desde que mi madre se curó del "Sobreparto". Mi madre, entonces tenía la cara hinchada y no podía sostenerse de pie. Fue una señora que, teniendo a mi madre echada sobre la cama, la frotó con tres clases de Shinua. Me acuerdo que la señora le recomendó no tocar agua por varios días.

Desde que mi madre se puso a vender en la G.U.E. Mariscal Toribio de Luzuriaga, mis hermanas y yo la esperábamos afuera de la casa hasta el anochecer. La vecina del lado izquierdo, pasaba y nos molestaba porque decía que estábamos pisando su terreno. A veces la mujer se agachaba para coger piedra y lanzárnosla. "Es una loca decía mi hermana". La miraba a la viejita y me daba

cuenta que sí era una loca, pues tenía el sombrero viejísimo y la ropa rotosa y mugrienta.

Yo no quería entrar a mi casa. Me parecía que al no distinguir nada, el diablo estaba escondido en el rincón. En cambio, afuerita la luz de los postes nos tranquilizaba y seguíamos esperando que aparezca mi madre. Ya era tarde y mi madre no aparecía.

CAPÍTULO VI

A mi madre la veía aparecer en la carretera cargada sobre sus espaldas a mi hermanita, entonces nos alegrábamos. Entrábamos a casa y ella nos daba la comida.

Mi madre, en el día, vendía paparellena y frutas en el campo ferial donde funcionaba el Colegio Agropecuaria. Nos contó que había vendido todo lo que llevó. En las noches preparaba más papa rellena, chancaca, maní, habitas. Nuestras sombras se agigantaban en las paredes por efecto de la luz del lamparín. Yo me quedé dormido en el suelo y apenas desperté cuando un ratoncito estaba paseando cerca de mi cabeza.

Mi madre nos contó que habían aparecido más vendedoras y que el colegio se fue a otro lugar donde habían construido un

nuevo colegio donde los estudiantes no podían salir. Mi madre vino a hacer negocio al colegio donde yo estudiaba. Este tenía grandes pabellones hecho con ladrillos rojos. La venta de golosinas y confites era en la entrada. En el colegio también apareció la competencia.

En el recreo yo gastaba la moneda de diez soles, cuya cara tenía la imagen de un señor molesto y con sombrero. Esta moneda me alcanzaba para comprarme un marciano. Semanas después, mi madre ya vendía dentro del colegio, ella me daba papa rellena o fruta. Con cinco años yo cursaba el primer grado. El profesor Espinoza, me enseñaba y yo no atendía su clase. Esperaba ansioso que toque el timbre para salir al recreo. Este profesor enseñaba el canto de ¡Arri! ¡Arri! ¡Arriba el Perú!...

A la una de la tarde terminaba la clase. Yo, después de salir del salón me ocupaba en observar el juego de las bolas de los muchachos más grandes, protegido del sol por la sombra del largo pabellón de salones de la Gran Unidad Escolar. Yo quería jugar y ganar, pero me daba miedo la habilidad de esos muchachos, me

daba miedo perder mis bolas de vidrio. Siempre sucedía que los chicos más grandes apareciesen repentinamente en el juego gritando "revolución" y pateando las bolas se apoderaban de ellas.

Antes del recreo de la tarde, yo jugaba solo con mis bolitas de cristal colorido y corría por el patio y los pasadizos. Eran tardes calurosas que era la antesala de mi maratónica visita a los salones.

A las tres y cuarenta de la tarde, el timbre sonaba en el patio de honor indicando el comienzo del recreo. Mi madre me mandaba con una canasta en los brazos para que entre a los salones y venda caramelos y maní confitado. Mi recorrido empezaba desde el primer piso hasta el segundo. En veinte minutos yo tenía que recorrer los salones del pabellón principal de dos pisos. "Canchita, maní confitado, habitas y caramelos" ofrecía a los estudiantes que se quedaban en el aula. Algunos estudiantes me compraban. Yo los miraba girando mi cabeza para arriba. Ellos parecían gigantes.

Algunos salones tenían cuadros en su pared posterior. Cuadros multicolores de hombres barbudos con lanza, cazando a un elefante gigante. Otro era un retrato de un hombre barbudo parecido a Dios al que pude deletrear su nombre "M-a-r-x"; que estaba despintado. En otro salón vi el dibujo de un señor joven que estaba de perfil. Pude conocer las letras J-o-s-é C-a-r-l-o-s...

Exactamente terminaba de recorrer todos los salones cuando el timbre repetía su chillido. Contento iba donde mi madre, porque casi había vendido todo. Esta satisfacción espiritual desaparecía cuando me acordaba de los sábados y domingos. Días en que no había clases y no había a quien vender la mercadería de mi madre. Y mi madre exclamaba: ¡Ahora qué comeremos!

CAPÍTULO VII

Mi madre comentó lo que una señora le dijo. "En la cárcel se vende bien los días de visita que son los sábados y domingos". El sol recién estaba despegando del cerro. Mi hermana y yo estábamos en la cola, a la entrada de la cárcel. De mi brazo izquierdo colgaba la canasta llena de choclo, huevo cocido, caramelos, habas y maní freídos en bolsitas. La cola de gente avanzó: algunos iban a visitar a su familiar, otros como nosotros, a vender. Minutos después el policía que controlaba la entrada me miró y me cogió la mano derecha, y me puso un sello sobre el dorso de la muñeca, lo mismo hizo con mi hermana. Luego revisó el contenido de las canastas y nos dejó entrar. Después de caminar tres metros aproximadamente pasamos por una reja metálica de barrotes gruesos que estaba semi abierta. Dos

policías armados con metralletas cuidaban la entrada de la reja. Estos no reían ni hacían muecas. Los miré asustado y dispuesto a obedecerles. Al costado había otra puerta enrejada donde pude ver a mujeres con sus criaturas. La gente que entró conmigo pronto se dispersó por varias direcciones en busca de su pariente. Es así que llamó mi atención los gritos de dos presos sumergidos hasta el cuello en la piscina, cuyas aguas eran de color verde negruzco y que quedaba al costado este de la cárcel. Gritaban fuerte, seguro hacía frío el agua. Las personas visitantes también miraron el hecho y no dijeron nada.

Junto a mi hermana recorrimos primero la fila derecha de celdas en forma de casitas de adobe. Del techo ya no me acuerdo; o eran de Eternit o calamina. "Choclo, huevo, maní" ofrecí a un preso sentado en una silla vieja y destejida. Él miró el suelo y las botellas verdes que contenían un líquido. El hombre me miró frunciendo el ceño y con mi hermana nos fuimos. En la siguiente casita el preso estaba tejiendo sombreros de totora. Él ni me miró ni me respondió, estaba concentrado en lo que hacía.

Recorriendo hasta el final de las casas me contentó haber vendido más de la mitad de los huevos y el choclo con rocoto picante. Inmediatamente empezamos por las casas de la fila izquierda a cuyo lado estaba el campo deportivo. Varios presos pateaban pelota. Desde las altas casetas de los cuatro costados de la cárcel, vigilaban, cuatro policías armados con metralleta. Las caras de los presos yo no quería verlos. Era como mirar algo sucio, asqueroso, algo venenoso. Algunos tenían cicatrices, otro al que sus compañeros le decían "Cura" tenía pelada el medio de la cabeza, así como los sacerdotes. "Señor cura, a los ojos de Dios tiene más mérito amar al enemigo que al amigo, así que si quieres entrar al paraíso debes amarme" le dijo un preso. "Ven niño entra" me dijo un hombre esquelético y barbudo que parecía afanado por algo inquietante dentro de su cuarto. No le obedecí. "Nunca entres a las casas, si te obligan gritas" antes me había dicho mi madre. Otro preso toreó con una manta a invisibles toros. "Ole, ole..." repetía a una invisible muchedumbre de aficionados a la corrida de toros. Con mi hermana fuimos acorralados por varios presos que querían pelearse. Buscamos

el modo de librarnos de incómoda situación. Y cuando lo conseguimos fuimos rápido hasta la reja metálica. Entonces nos dimos cuenta que nos faltaba la bolsita donde se guardaba la plata de la venta.

CAPÍTULO VIII

Lorando fuimos donde el policía y le contamos que habíamos perdido nuestra plata. "¡Señor policía he perdido mi plata!" dijo mi hermana sollozando. De lejos, algunos presos nos observaron.

El policía miró a los presos fijamente. Gritando fuerte los hizo formar. Los obligó a colaborar. Fue así que al final hasta monedas falsas y sin valor nos habían entregado los presos y recuperamos lo vendido.

Después del episodio que nos aconteció en la cárcel, mi madre optó por vender los sábados y domingos, en dos lugares alternadamente: en el cine Soraya, todos entrábamos en la matiné. Era en la galería que entrábamos y antes de que se

apaguen las luces, mi madre ofrecía en una fuente de losa, bastantes paparellenas. La gente consumía esas papas molidas y freídas que costaban a diez soles. Terminada la película, era mi hermana quien se quedaba vendiendo en la entrada del cine hasta el vermut, acompañada de una vecina ya viejita llamada doña Patu, que también vendía.

El otro lugar al que íbamos con mi madre eran los centros poblados que rodeaban la ciudad. Fue a uno de esos lugares llamado Huanchac que visitamos un sábado. Habíamos ascendido por bosques de eucalipto. Como no conocíamos el lugar, nos guiamos desde lejos a través de una pareja que iba adelante. Avanzamos con seguridad hasta que la pareja desapareció por el bosque. Pasamos por lugares deshabitados, pisamos chacras de maíz y no encontrábamos el lugar. Seguimos caminando por la pendiente del bosque.

En el cielo nublado observamos el estallido de los cohetes a una distancia cercana. Perdidos descansamos en la cima de una loma verde. Yo quería adivinar por qué parte del bosque había

que seguir para llegar al lugar de la fiesta. Vi el humo de los cohetes reventados, vi el Huascarán junto al cielo. Nuevamente reventaron en el cielo las avellanas. A esa distancia se escuchó el toque de la banda de músicos.

Pasamos por la puerta de un corralón. Este estaba deshabitado. Por la reja de la puerta vi cruces y lápidas y bastante césped. Rápido caminamos para no ver a las almas. Después de pasar por caminos pedregosos cercados de murallas de piedra tallada, continuamos nuestro camino. Demoramos mucho, antes de llegar a una pampa verde. Todavía lo cruzamos y recién llegamos.

Mi madre llevando en su espalda el peso de mi hermanita descansó en la entrada de la capilla junto a mis otras hermanas. Yo me escurrí entre la gente para ver la corrida de toros. El ruedo donde corría el toro era una combinación de palos de eucalipto en forma de "x". Me asustó el repentino reventón de cohetes parecido a una ametralladora cerca de la puerta sagrada.

El torero llamaba al toro con su capa tendida. Este aceleraba para embestirlo.

Salí a buscar a mi madre y la encontré vendiendo las golosinas y canchita. Volví a ver la corrida hasta su fin. La banda de músicos tocó huaynos, un señor y señora vestidos con adornos bailaron y otros los imitaron. Vi que los bailarines tenían en la mano botellas de cerveza y vasos.

Fue entonces que dos borrachos se insultaron, luego se pelearon. Las botellas y vasos fueron el arma de ataque entre los peleadores, también las piedras. Eso me hizo alejarme del lugar. La gente gritó, pero no intervino. Las mujeres recibieron patadas en sus culos protegidos por polleras, algunos varones eran pisoteados en el suelo con el rostro manchado de sangre. Algunos heridos tenían cortada la cara sangrante. Varios tenían rota la cabeza por las pedradas. Busqué a mi madre desesperado. Los peleadores seguían revolcándose en el suelo dándose puñetes y patadas.

Este poblado se oscureció, en la capilla y casas cercanas se prendieron unos focos. Pensé que me había perdido hasta que mi mamá me encontró. Todos nos refugiamos en la entrada de la capilla. Rápido nos alejamos de la pelea.

Para regresar a casa fuimos tras la gente que en caravana regresaba a la ciudad por una carretera sinuosa. Nosotros dábamos pasos cortos. Janchaditos caminamos hasta que nos atrasamos y quedamos lejos del grupo.

En esa oscuridad no pudimos avanzar con facilidad, por temor a tropezar con las piedras a medio enterrar. Nos perdimos y quedamos solos en el camino. A pesar de tener los ojos abiertos yo no miraba nada a mi alrededor. A cada rato mi zapato chocaba con la irregularidad de la carretera. Levanté mi rostro al cielo, las estrellas brillantes, imitaban el parpadeo con su brillo. ¿Qué cosa se esconde en esa oscuridad? Diablos o almas. Me acordé los relatos de doña Ishi y por mi espalda me pasó algo frío y caliente a la vez. Me acordaba de la gente que se arrastraba por el suelo con las extremidades mutiladas y también del diablo

disfrazado de caballero elegante o princesa cabalgando sobre un caballo enjaezado de oro. La costumbre de estar bastante rato nos permitió distinguir los árboles altos de eucalipto. Nos desviamos de la carretera y empezamos a bajar por una pendiente para cortar camino. Pisamos espinas, atravesamos por pencas. Esta me hincó la mano. Sentí sus dientes de serrucho rayando mi palma. Caminamos por sitios pantanosos. Me doblé las piernas por la deformidad del suelo. El ansia de llegar a la ciudad nos obligó a quedarnos atrapados frente a un muro de espinas.

Mi hermanita seguro estaba dormida sobre la espalda de mi madre, porque no lloraba. Bastante rato pasó antes de decidirnos a pasar la muralla de pencas. No había otra opción. Buscamos la parte accesible que menos daño nos haga. Soportamos los hincones y rasgaduras en las piernas y manos, hasta que todos pasamos y llegamos a la calle del barrio De las Flores con sus postes de luz brillando. Ver nuevamente la luz me tranquilizó. Mi madre también respiró tranquila. Caminamos por las calles de ese barrio en forma de laberinto y salimos de esas

callecitas desordenadas. Poca gente andaba a esa hora. Llegamos a casa.

Todo estaba oscuro, menos la cocina que apenas brillaba con la luz opaca de una vela. Mi madre dijo que ya eran las nueve de la noche. Esperaríamos el siguiente mes para ir a vender otro caserío.

Fuimos a Shancayán, Palmira, Vichay, Marcac... Las fiestas patronales se terminaron en el mes de octubre. Llegó diciembre y ya no había colegio, tampoco fiestas patronales. Mi madre estaba pensativa. Decía ¿dónde venderé para comer?

CAPÍTULO IX

18 de diciembre de 198... hora 5:00 a.m.

Con mi hermana estoy haciendo cola en la farmacia Recuay. Hay mucha gente. Adelante, la gente se amontona a propósito para deshacer el orden y meterse a empujones. La gente me aplasta. Como yo, otros niños gritan por la asfixia que causan los apretones y pisotones violentos. Mi hermana y yo hemos recibido una taza de chocolate quemado con su pedazo de panetón.

19 de diciembre de 198... hora 9:00 a.m.

Corremos al Palacio de Justicia. La cola de gente es larga. Mido al ojo: más de dos cuadras de gente. Ahí también es lo mismo, es decir; hay empujones, pisotones, conatos de asfixia por el sudor

de la gente y el calor. Todo este "sacrificio" me beneficia con el regalo de un pedazo de plástico negro en forma de cubo alargado y; a mi hermana, una muñeca de plástico.

19 de diciembre de 198... hora 12: 00 p.m.

Vamos a la Municipalidad provincial de Qoriwasi. Como una larga serpiente moviéndose es la cola de gente que con toda su fuerza se agarran para no ser desarmado. Yo tengo ganas de hacer cola. Hoy van a sortear una bicicleta. A la hora de dar los boletos, uno de los empleados de la municipalidad empieza a sacar de la cola a los más "grandes". Pese a que me agacho, me sacan de la cola. Esa vez me quedé sin juguete.

20 de diciembre de 198... hora11:00 a.m.

Bastante gente se aglomera en la entrada de una casa. Sobre el dintel de esta, está pintado una estrella roja. Debido a la cantidad de gente no regalan nada.

Esa tarde llueve. Mi madre, mis hermanas y yo permanecemos en la cola. Mi madre dice "sí, van a regalar". Por la

lluvia la gente se dispersa y quedamos pocos. La lluvia se intensifica y nos moja. Los árboles que sobresalen de un huerto, nos protegen un poco.

Cerca de las cinco de la tarde me regalan un libro de "la cenicienta" y una cabeza de caballito con cuerpo de tubo de plástico y patas rodantes. Empieza a llover más fuerte y más gente se retira. Quedamos pocos, aferrados con la esperanza de una chocolatada caliente esa tarde fría y nublada. Los autos pasan raudos por la pista asfaltada y mojada. Los árboles de aliso, son una coladera. Se necesita tener en la espalda un plástico con que protegerse. Los dedos de mis pies se congelan al estar expuestos al aire, pues mis "ojotas" de caucho no me cubren todo el pie. La claridad crepuscular dura poco, llueve más fuerte hasta el anochecer. Ya estamos cerca de subir al segundo piso.

CAPÍTULO X

La gente que se quedó no se movió, tampoco nosotros. La recompensa fue recibir una chocolatada caliente con su panetón grande. Con mi hermana repetimos varias veces y los repartidores que eran jóvenes no dijeron nada. Esa vez regresé contento a casa. Tenía para comer panetón durante una semana. Mi mamá seguía pensativa. Venía el mes de enero, mi madre lo llamaba hambruna.

Fue la prima de mi padre quien nos enseñó a vender en el ORDENOR-CENTRO. Con mi hermana, entrábamos escondidos de los vigilantes, llevando en nuestras canastas: choclo, huevo pasado, maní y habitas. En estas oficinas de madera, llamadas por los empleados "Las Casitas Rusas"

trabajaban bastantes señoritas y señores bien vestidos con ropa limpia y perfumada.

Pasar con cuidado el muro de alambres de púas, muy lejos de las puertas de entrada no era dificultad. Era el guardián de bigotes y mirada hosca, el que si nos descubría corría para quitarnos la canasta o soltaba un perro robusto y peludo para que nos cace.

Recorríamos las oficinas y entrábamos de una en una, ofreciendo choclo caliente, huevo pasado con su rocoto, siempre mirando por todos lados. Las señoritas bien pintadas los ojos y la boca, tecleaban la máquina de escribir y compraban choclo cocido y el maní pelado embolsado; los señores que andaban con papeles o portafolios, a veces compraban el maní con cáscara, los pelaban y gustaban mascarlos y saborearlos. El huevo pasado sazonado con rocoto molido y chincho eran los preferidos.

Salíamos con miedo de una oficina e íbamos a otra. Apurados caminábamos antes que ese hombre de nariz gorda y achatada nos quite la canasta. Por un camino pedregoso

llegábamos al almacén donde había fierros, poco compraban. Nuevamente atisbando y con los sentidos "despiertos" pasábamos al taller de mecánica. "En el taller de mecánica, había fila de carros y tractores estacionados. Varios hombres estaban con mameluco y tenían las manos manchadas de grasa. Revisaban algo debajo del carro. "Maní pelado, choclo caliente" les decía con una voz baja. Algunos compraban y disminuía nuestra mercadería. "En un rato más regresaremos a casa".

Y entrábamos al último bloque de oficinas de dos pisos, en cuya entrada había un letrero que decía "PLANIFICACIÓN". "Maní confitado, huevo y choclo caliente" y compraba la señorita que agradaba observarla. "Niño fíame, al fin de mes te pago". "No fío señor".

Desde una ventana observé al guardián. Me asusté. Le conté a mi hermana que el guardián se acercaba. Por dónde escapar si había solo una puerta de entrada y salida. Entramos a una oficina temerosos de perder nuestras cosas. La señorita amable, de voz mágica, hasta ahora me acuerdo de su nombre:

"Doris", nos ocultó debajo del pupitre. Escuché la voz gruesa del guardián preguntando a la señorita. Ella dijo "no" y el guardián se fue. Después de un rato, la señorita nos dijo "váyanse, el guardián ya no está". Le agradecimos y como habíamos terminado el choclo y el huevo pasado fuimos para salir del lugar.

De lejos vi al guardián, y azuzó al perro para cogernos. El pastor alemán vino veloz hacia nosotros. Nos corrimos por la pampa asustados de ser cazados. Llegamos al cerco de alambre de púas y salimos a la carretera. Pero a mi hermana le cortó la pantorrilla una de las púas. Sangró bastante la herida antes de ser contenida con el trapo que cubría la canasta. La carne abierta se veía roja.

De regreso pasamos por chacras de maíz; árboles de eucalipto y de membrillo, limonero, manzanero y purus. Tuve hambre. "Vamos a sacarnos el membrillo y purus para comer". Mi hermana asintió. Las chacras parecían estar sin sus dueños más que el espantapájaros mudo, tieso y con las manos abiertas en medio de la chacra. Los muros de piedra que separaban del

camino eran bajos. Me subí a los árboles y saqué el membrillo, limón, purus. Comer esos frutos amargaba en la boca, pero ya no daba hambre. El sol quemaba, seguro ya era la una. Repentinamente oí un silbido, dos perros avanzaron raudos hacia nosotros. Saltamos desesperados y asustados, el muro de piedra, sin tiempo para coger nuestras canastas. Los canes saltaron el muro hasta el camino y se quedaron ladrando. Un hombre apareció de entre las mazorcas y luego desapareció.

Cuando los perros desaparecieron, esperamos como una hora antes de ir a recoger nuestras canastas. Yo subí la cerca de piedra despacio y sin querer. Recogí deseando ya estar lejos del lugar y saltando a la pista me tranquilicé.

También en "Las casas rusas" aparecieron otras niñas y niños que nos hacían la competencia. Así que teníamos que ir temprano todos los días de "vacaciones", para recorrer todas las oficinas y vender nuestras cosas.

Yo no quería que pasen tan rápido los días. Yo quería vender. Yo no quería que empiece el colegio. Yo no quería entrar

al salón de clase. Yo no quería que me digan "sal a la pizarra". Pero rapidito pasaron mis "vacaciones". Y obligado me tenía que reencontrar con Julia, mi profesora. El profesor Espinoza ya no me enseñaba desde que me olvidé de ir a dar mi examen de un curso en el primer grado. ¡Qué miedo, reencontrarme con Julia!

CAPÍTULO XI

No pude controlar el movimiento de mis manos cuando empezó la clase de matemáticas. El ejercicio a desarrollar era de multiplicación. Si al principio me tocó recibir varios correazos por llegar tarde al salón, ahora me tocaba salir a la pizarra a resolver un ejercicio de multiplicación.

Frente a la pizarra estuve pensativo bastante rato. Miraba los números y no sabía qué hacer con ellos. La primera vez, adiviné la respuesta a medias, me salvé de los cocachos potentes de su mano de vieja de la profesora.

Fue frecuente que la profesora me saque a la pizarra a resolver ejercicios de multiplicación; y, constante quedarme

pensativo "comunicando" con mis gestos a la pizarra verde mi ignorancia de la multiplicación. "Ojalá suene el timbre para salir al recreo y comprarme un marciano". Tanto tiempo parado al frente y la profesora que me miraba y me parecía que se le querían salir los ojos. "¡Jesús! ¡Repite la tabla de multiplicar!". Yo repetía la tabla del 0 hasta el 12 y lo podía repetir cuantas veces me lo pidiese. Sin embargo, resolver ejercicios en la pizarra era difícil. "¿Cuánto te queda? ¿Qué número se pone?" Así sale, ¡qué fácil! Yo permanecía parado observando las rajaduras finas de la pizarra, mirando los números escritos con tiza blanca que no me daban la respuesta. "¡Esto sale así!". Y repetía su castigo favorito en mi cabeza: los cocachos. "Esto el triple de aquí". Seguía golpeando mi cabeza. Avergonzado y atontado escuchaba su explicación con ganas de llorar. "¡Pongo el dos y llevo uno!" "Tres por ocho veinticuatro, más uno veinticinco". Otro cocacho más que impactaba en mi cabeza. Y más cocachos descargaba poniéndose incontrolable con sus puños. Tras tanto bombardeo de puños en mi cabeza, entendí la multiplicación. Se

me despejó la duda de la multiplicación. Tan fácil era. Y desde esa vez, disminuyeron los cocachos en mi cabeza.

En Quinto grado me tocó recibir el castigo preferido de la profesora Hortensia: el jalón fuerte de mis patillas o el dar varias vueltas por el pazadiso caminando como pato. El castigo de otra profesora era hacerme escribir cien veces: "No volveré a incumplir mis tareas".

Yo observaba que un estudiante del salón casi nunca entraba a clase, pero pasaba de año. Cuando este estudiante entraba al salón tampoco resolvía ejercicios de matemática en la pizarra. La profesora nos decía que tal estudiante era huérfano y sabía multiplicar.

La otra dificultad que yo tenía era la división. Rezaba que la profesora no me diga "sal a la pizarra". Solo en historia me sacaba veinte en el examen. El profesor de este curso se sentaba al frente de nosotros y observaba nuestro desenvolvimiento en el examen. Luego se quedaba dormido y hasta roncaba. Geografía también no era difícil. Lenguaje también, fácil, la profesora

Yolanda era muy buena, contaba cuentos. Magaly, la brigadiera del salón, que tenía altas notas. era agradable mirarla y sentarme en su lugar cuando ella estaba ausente.

Con mi libreta de once, doce y veinte, la preocupación del estudio desapareció. Mi madre nos dijo a mi hermana mayor y a mí el lugar "divertido" donde pasaríamos nuestras vacaciones de medio año.

CAPÍTULO XII

En la fachada de la feria había carteles y fotos de cantantes. Eran las 9:00 horas, el sol recién había logrado elevarse por encima de los árboles de eucalipto. Primeramente, con mi hermana, fuimos al muelle rústico de madera en la laguna de color verde oscuro. Me senté en el suelo y observé la vuelta que daba el bote con gente sentada. Mientras mi hermana vendía en una fuente un cerrito de ensalada de chocho. El remador iba repasando el agua en reposo, constantemente con el remo. Las aguas se ondulaban en círculos pequeños hasta hacerse grandes. El ayudante del piloto, botaba el agua que entraba por los huecos de la base del bote, esta acción lo hacía con un tarro.

Eran tres vueltas de paseo por lo que se pagaba. Yo miraba el agua oscurecida que no dejaba ver lo que había dentro. Me imaginaba que era demasiado hondo. ¿Si se hundiera el bote? ¿Cómo se salvarían las gentes? El bote regresaba y de nuevo pasaba bajo el puente colgante que comunicaba con la isla pequeña y circunferencial que había en medio de la laguna. Yo no hubiera querido pasearme en ese bote de borde negro y base anaranjada. No lo hubiera hecho. Cuando se terminó el chocho nos retiramos a casa. Una vez, mi hermana me mandó a pasear en el bote. El peso del bote, que flotaba, no se hundía. Yo miraba el agua, la inmensidad del agua y ya quería llegar a tierra.

En la tarde, regresamos a la feria. La gente se aglomeró en la puerta intentando entrar gratis. Con el perifono, un locutor invitaba al público a entrar a la feria. Los que controlaban tenían dificultades para controlar a la gente. Más gente se amontonó y los empujones hicieron que se descontrole la gente. No pasó muchos minutos para que los empujones asfixiantes vencieran a los controladores. Entramos por la fuerza a la feria. Nos

dirigimos al coliseo de gallos. Ahí nos quedamos, en la entrada de la puerta, ofreciendo los caramelos, cigarros, chicles. La gente entraba al coliseo, en su mayoría eran hombres blancos con sombrero y chica gringa.

Cuando caía el sol por los cerros, recién se escuchó gritos eufóricos, golpes de alas, sonido de campana y música, a ratos. Las frases que se repetían fuerte eran: "Apuesto a la derecha cien soles" o "apuesto a la izquierda cincuenta soles". Parados estuvimos mucho rato, porque el controlador no permitió que entremos. "Váyanse más allá" nos decía ese hombre. A veces la gente que entraba al coliseo nos compraba un cigarro o un caramelo o un chicle.

Nos fuimos a la plaza de toros. Ahí también entraban gringos altos, con sombrero alado, robustos y con esposa. Igual ahí el controlador nos botó asustándonos con su palo. Escuché silbidos fuertes contra el torero, gritos de gente desesperada, tal vez el toro había corneado a alguien. Nosotros vendimos muy poco allí. Cerré un poco los ojos. Mi boca me forzó a adoptar

una mueca de decaimiento. Miré con ganas los juegos mecánicos, miré la base de los árboles pintado de blanco, miré las piedras embadurnadas de yeso líquido.

Cuando terminó la corrida, la gente salió de la plaza de toros como en procesión. Hasta que anocheció y en el cielo no vi ninguna luz parpadeante en el cielo porque reflejaba mucha luz de los postes. Tampoco se oía el rugido del río Yana mayu por la música fuerte de los locales de venta. Imaginé que mucha gente aprovecharía la oscuridad para entrar a la feria por el río a riesgo de caer al agua oscura y fría o caer en un hueco. Imaginé que estando ahí, en la feria, el tiempo se detenía, las agujas del reloj se habían inmovilizado. Todo era repetido, nada cambiaba: las gentes, los juegos, las comidas, la bulla...

Mi hermana y yo regresamos al coliseo de gallos, no obstante, el controlador seguía prohibiéndonos la entrada sin boleto. Ya eran las nueve de la noche, y faltando dos peleas para que termine la jornada, recién la puerta estuvo libre de cuidadores. Ahí entramos con mi hermana. Dentro, solo el ruedo

estaba con luz. Así que fue difícil vender. Fue difícil vender dado el espacio angostísimo que había para circular por los asientos. Hasta la última fila de la tribuna circular, los asientos estaban colmados de gente. La gente no quería que les tape la pelea. Así que más que vender estuve observando el ruedo de suelo arenoso, las sombras monstruosas agigantadas o empequeñecidas que se reflejaba en la pared.

Cuando el juez movió la campanita, un hombre de cada lado se presentó con su gallo. Las apuestas empezaron en la tribuna: ¡cien soles! ¡Doscientos soles! La gente no tenía miedo de apostar tanta plata que yo no sé en cuántos días de venta lograría tener. A la indicación del juez, cada hombre dejaba su gallo en el ruedo cuya pata previamente habían enrollado una navaja brillante. Al principio los gallos se miraban como estudiándose, luego uno de ellos atacaba. Los golpes y aletazos levantaban polvo, eran golpes de muerte, porque cada gallo hincaba su navaja a su oponente. Por el aire volaban plumas, hasta que el gallo perdedor caía al suelo sin poderse levantar. El

juez entraba al ruedo poniendo su tablita entre los dos contrincantes y luego lo sacaba para que continúe la pelea y el gallo vencedor lo remataba al perdedor. Pensé si los demás gallos que estaban en jaulas de acero: morirían o vivirían.

Mientras tanto, la noche había madurado. La gente igual caminaba de un lado a otro, cada cual sabía a dónde iba. Mi hermana y yo, regresamos a casa, pues, después de un descanso la rutina se repetiría durante trece días.

Un día antes del reinicio de clases, mi vecino, un muchacho mayor que yo y que era hijo del ladrillero, me dijo para practicar un juego desconocido que los adultos lo hacían día y noche.

CAPÍTULO XIII

Jerjes, el hijo del ladrillero, me llamó para ayudarle a cargar el horno de tejas y ladrillos crudos, cuyo propietario era su padre. Yo fui esa vez para realizar mi último juego y ganar algo de plata, antes de volver al colegio. La feria había terminado hace unos días.

Empecé a llevar sobre mi hombro las tejas, ya estaba agotado, cansado y sudoroso. Cada ladrillo pesaba algo de cinco kilos y cada teja dos kilos. Había otros hombres más viejos que llevaban y no se cansaban. "Los hombres que vienen de la chacra resisten, en cambio los de la ciudad son debiluchos" decía el dueño de la ladrillera. El sudor que manaba de mi frente, se mezclaba con el polvo y el calor lo secaba.

Luego de terminar la faena, con el muchacho jugamos un rato a los karatecas imitando las películas de artes marciales que se exhibían en los cines. Cerca al mediodía, el muchacho me llevó a la ducha para bañarnos gratis. Jerjes me dijo que me desvistiera delante de él. Entré a la ducha y el agua en forma de lluvia me mojó el cuerpo caliente. Un frío electrizante me recorrió de los hombros hasta los pies. Sin darme cuenta el hijo del ladrillero se había quitado la ropa y estaba detrás de mí. Sentí que una carne dura y caliente rozaba y aplastaba mi pequeño trasero. Yo seguía enjabonándome el cuerpo. Sentí que esa cosa caliente, desafiante quería entrar por el anillo estrecho donde asoman las miasmas. Instantes después, el muchacho dejó de hacerlo, pues su madre le llamó; yo terminé de enjuagarme y me vestí.

Le conté a mi madre lo que había pasado. Ella se molestó. Me dijo que yo estaba manchado de pecado. Mi cuerpo y alma necesitaba la purificación de Dios. "Cómo vas a hacer eso, no te ha hecho otra cosa, ya no vayas allí nunca". "No vayas nunca". Y ya no fui.

"Anda a cobrarle lo que has trabajado". Yo, estuve en la entrada del horno. Me animaba y desanimaba a cobrarle. Justo apareció el dueño de la ladrillera.

CAPÍTULO XIV

Saludé al señor. No pude hablarle. Temblé antes de decirle que me pague de mi trabajo. El señor me dijo que no tenía plata. Me fui a la calle. Sin plata estuve vagando por el mercado. Me acerqué donde las vendedoras de juguetes. Pregunté por el precio de los trompos y en un descuido me lo escondí uno de ellos, en los sobacos. Me fui donde la otra vendedora e igual pregunté por el precio y cuando me daba la espalda yo cogí varios soldados de plástico y me lo guardé en los sobacos.

Regresé a casa, pero no entré. Me fui donde mis hermanas, que pastaban un carnero rambullín en la orilla del río *Yana mayu*. Recorrí la orilla del río buscando juguetes. Pues en la playa del río siempre había algo que descubrir, algo útil qué recoger. Mis

hermanas y yo regresamos a casa junto al rambullín y almorzamos. Mi madre no me preguntó del pago. En la tarde, jugué con los amigos del barrio.

Al amanecer, mi madre me agarró en la cama con palo y llanque, para rendir cuentas por ser malcriado, comerme sus golosinas. El palo era duro; el llanque era más suave. Igual dolían. Según mi mamá, el diablo se llevaba a los malcriados. Yo imaginaba al diablo, en las noches. Los escalofríos me pasaban y repasaban el cuerpo cuando oía el canto del búho desde un árbol cercano. Me remataban los cuentos de Doña Ishi los que cobraban vida en mi imaginación y me hacían experimentar escalofriantes sensaciones. Me mantenía en vigilia hasta las once, doce, una, dos de la mañana. El sueño me vencía, pero yo abría los ojos para no ser vencido. Mi imaginación se transformaba en artista para que en segundos esboce un cornúpeta negro o un chivo ojón en medio de la oscuridad. Amanecía y yo me alegraba, pero tocaban mi puerta los Testigos de Jehová y me preocupaba.

CAPÍTULO XV

Cuando los Testigos de Jehová tocaban la puerta de casa yo los atendía. Estas personas me decían que ya estaba cerca el fin del mundo. Quedaba poco tiempo para corregirse y ser el escogido junto a los hombres más buenos del mundo y entrar a vivir en un paraíso que se crearía después del final de la tierra. Ahí seríamos felices para siempre bien comidos, bien gozados, bien descansados. Yo pensaba entonces ¿qué sentido tenía luchar para vivir, si ya se acercaba el fin del mundo? Por respeto los escuchaba. La mejor era la religión católica, así me lo dijo mi madre.

Como mi madre es muy católica, ella nos llevaba al templo los domingos. Era obligatorio confesarse, antes de recibir el cuerpo de Jesucristo. Me acercaba al confesionario y cuando era mi turno de hacerlo me arrodillaba y acercaba mi rostro a la celosía. El sacerdote me decía "ave María purísima". Me ganaba las lágrimas y limpiándome el moco y tartamudeando contaba mis pecados veniales y graves, porque yo no quería ir al infierno. Yo no quería ver al diablo con cachos, cola y patas de gallina. La voz suave y afectuosa del padre me animaba a continuar narrándole mis faltas.

Finalizado mi confesión, el representante de Dios me decía que el diablo me iba a llevar esta noche si es que volvía a pecar. Y me daba una penitencia: orar diez padrenuestros e igual cantidad de ave Marías. Después de cumplir la penitencia y escuchar misa

y recibir la comunión me sentía tranquilo, listo para recibir la hostia de manos delicadas del otro sacerdote.

Lo hecho me valía solo en la Iglesia, ya que en casa después que se apagaba la vela; yo imaginaba al diablo escondido en algún rincón del cuarto, decidido a llevarme. Sentía escalofríos imaginando de variadas formas al demonio. Hubiera querido dormir feliz y descansando junto a alguien. Las noches fueron para mí, no solo como espectador de pesadillas, sino fui protagonista de ellas.

Hasta que llegaba el alba y después la aurora. Me envalentonaba. Yo estaba con ganas de retarle al diablo a una pelea y también a los duchos del juego de trompos del barrio.

CAPÍTULO XVI

Bastaba que mi trompo en movimiento le acaricie al de mi contendiente que yacía en el suelo como un hombre mareado, para no perder mi turno. La idea era llevarlo hasta un círculo dibujado en el suelo, ahí se decidía el castigo: los quiñes de preferencia. Le tocó tirar a otro y no perdió. Cuando me tocó bailar mi trompo nuevo, todos dijeron: "Ahorita pierde, no sabe trompo al aire". Del dicho al hecho hay mucho trecho, pero esa vez no fue así y perdí mi turno. Miré mi trompo, mi juguete querido, que era visto como un objeto goloso, que era rápidamente trasladado a la circunferencia a golpes. Tuve la idea de recogerlo e irme, no obstante, no osé hacerlo.

En un momento, mi trompo fue introducido al círculo. Quise cogerlo, pero ya era tarde. Varias "manos asesinas" me lo

impidieron. Estos "verdugos" del trompo cogieron un cincel y uno a uno rajaron mi trompo hasta dejarlo agonizante, a punto de partirse en mitad. Mis ojos se pusieron vidriosos. Me dejaron solo, con mi trompo rajado. No tenía plata para comprarme otro. "Ojalá no se parta en dos", me consolaba, "porque es de eucalipto duro y resistente".

Me prometí que ya no jugaría otra vez a los quiñes. Desde entonces solo observaba ese juego y veía tranquilo que otros trompos eran rajados con clavo. Que tal habilidad de ese grupo que tiraban su trompo en un terreno accidentado y con hierbas, para que un principiante como yo pierda en un solo turno. Ellos en cambio tiraban del hilo al trompo en el aire y luego este, en movimiento, aterrizaba en la palma de la mano, sin caer al suelo.

Como eran los únicos "amigos", que había en el barrio con quienes jugar, continué juntándome con ellos. Un día me invitaron para ir de caminata a un lugar donde sería inolvidable.

CAPÍTULO XVII

Fue una tarde de invierno. Provistos de hondillas nos internamos en el bosque oriental de la ciudad. Eran altos los árboles de eucalipto. De repente volaba una paloma silvestre sobre nosotros; o desplegaba sus alas un pajarito para dar aviso a sus compañeros del inminente peligro de morir a hondillazos. De lejos se veía ladrar a dos perros. Buscábamos a un pajarito, paloma o perdiz desprevenido para hacer tiro al blanco con las piedritas redondas, esas que proyectaban una dirección precisa hacia el objeto apuntado. A pesar que en el cielo había nubes descansando, no llovía. Para encontrar nuestras víctimas entrábamos a las chacras, las pisábamos el suelo recién removido. Los perros rabiosos de algunas casas se lanzaban contra nosotros, pero no nos cazaban. Los canes huían chillando porque

nosotros no fallábamos con las piedras. Un campesino viejito, desde lejos, nos amenazaba con un palo; no le hacíamos caso.

Con las manos vacías seguíamos ambulando por ese bosque. Los pájaros eran más ágiles que nuestras manos. Me molestaba que solo los que tenían buena puntería tiraran primero sus hondillas y los demás como yo, recién después cuando el pajarito ya se había volado. Ni ellos daban al blanco, peor nosotros.

Por el bosque más alejado encontramos a una pareja de enamorados. Curiosos miramos lo que hacían. Después obedeciendo al "líder" lanzamos piedras sobre la pareja. "Arrecho", "arrecho" gritaban los más grandes del grupo. Así la pareja se retiró del lugar sin mirarnos.

A medida que crecí y ya cursaba el sexto grado de primaria empecé a escaparme de la casa, me ponía a jugar con los amigos hasta las doce de la noche. Jugábamos la chapita, las escondidas, fulbito, o nos poníamos a conversar contándonos

cuentos o chistes. Así pasaba mis noches. Ya no me importó vender ni golosinas ni huevo pasado.

A veces, en el día, me iba con los amigos a sus chacras a cazar pajaritos. En el recorrido no cazaba nada y de hambre nos colgábamos de los árboles para comer el capulí.

Mi madre había decidido corregirme. Me dijo que yo tenía que viajar a Lima.

CAPÍTULO XVIII

Apenas terminé el sexto grado, mi madre me despachó donde mi padre. Quien me acompañó fue un primo lejano que por coincidencia iba a la capital. Un gallo murush vivo, fue el regalo para mi padre. Después que mi primo me entregó a mi padre, con este nos subimos a un ómnibus. Por primera vez veía cantidad de carros de todos los tamaños.

Ya era las ocho de la noche. Me senté en el asiento del rincón del ómnibus. Un estudiante me encargó para tener sus libros en mis muslos. Me quedé dormido. No recuerdo el momento que el estudiante recogió sus libros. Solo recuerdo una voz susurrante: "Gracias".

Desperté y el bullicio del centro había desaparecido. Por los costados del ómnibus estaba oscuro. Mi padre que estaba sentado a mi costado, me dijo que el viaje era de dos horas. Eran las once de la noche cuando llegamos a un lugar arenoso.

En la madrugada, mi padre se fue a trabajar y yo me quedé con mis hermanos y mi madrastra. Ese día jugué a los carritos y conocí a Ángela. Jugar con ella era grato. De día jugaba partido con los chicos; y de noche, Ángela se dejaba coger por la cintura. Nunca olvido su cabellera ondulada, su piel blanquísima. Inolvidable sus ojos verdes. Su papá no venía hasta las diez de la noche, su mamá se había ido con otro hombre y era ella quien cuidaba a sus dos hermanos. Una vez, ella me dijo que le pegue a un muchacho grandazo. No le respondí a Ángela. El chico además de alto y corpulento; era negrazo. No me atreví a pegarle a ese chico.

En los basureros de ese lugar, llamado Villa el Salvador, mis hermanos y yo, andábamos buscando juguetes usados. Era una competencia de quién encontraba un buen juguete. De

tanto caminar, una vez, seguimos caminando hasta ascender un cerro arenoso y bajar a la playa. En él no había gente. Durante bastante rato miramos las olas bravas, el poder que tenían para mover barcos o carros y perder su fuerza en la orilla. No sé dónde terminaba el mar, solo yo veía agua moviéndose. Entramos al mar para mojarnos. Vino una ola potente que nos tumbó y de regresó empezó a arrastrarnos hacia adentro. Mi hermano estaba junto a mí, los dos luchamos para sobrevivir, los dos pusimos nuestras garras sobre la arena húmeda para impedir que el agua nos siga jalando. Asustados regresamos con dirección a la casa. En el ascenso la ropa se nos secó y descalzos caminamos por el arenal, hasta llegar a casa a las cuatro de la tarde.

Mi padre cuando supo de mis travesuras me dio latigazos. Tirado en mi cama extrañé mi casa, mi cama, mi tierra, mi madre, mis hermanas. Ya no quería estar en esta ciudad: hacía mucho calor y sudaba como si mojara con agua, había muchos edificios, mucha gente con blusas y minifaldas, gente con pistolas. No

había baños, el agua se tenía que recoger en cilindros de plástico. Pero mi viejo me dijo que "aquí te quedas, aquí estudias, aquí te voy a enseñar a trabajar".

.

CAPÍTULO XIX

i madre me dijo que mi voz se había vuelto gruesa. Extrañé bastante la TV blanco y negro que mi padre tenía, también el agua cálida con el que me bañaba diario.

De regreso al colegio, me enrosqué al tubo metálico que sostenía al tablero de básquet y repentinamente me quemó un fuego delicioso en las entrepiernas que terminó con la expulsión de un líquido en mi ropa interior. El efecto fue que sentí una calma, una relajación fugaz. No comprendí lo que me había pasado. Me acuerdo que yo cursaba el primer año de secundaria cuando pasó eso. Asustado dejé secar el líquido en mi prenda interior. Pero también haber sentido esa felicidad grata me indujo

a repetir lo que había hecho. Repetí el enroscamiento de culebra, mas no sucedió.

En el salón, según Rafa, yo olía a "sucio", mis medias apestaban. ¡Pufff!, ¡pufff! Repetía esa palabra, ese blanquiñoso que parecía una calavera dado su delgadez. Yo me lavaba los pies y las medias, sin embargo, seguían oliendo a cosa malograda, según Rafa. No pude pegarle porque no eran directas las ofensas de ese.

Me bebía el jugo de la alfalfa para mejorar mis notas en todos los cursos, ganarme un diploma y ganarle a la chancona del salón. En matemáticas fue mi año. Aprendí a dividir hasta con números grandes. Me escogieron para un concurso. En historia universal, también tuve promedio veinte. Sin embargo, en los demás cursos no fue pareja las notas altas, especialmente en Arte, donde me olvidé de entregar mi trabajo y el profe me desaprobó con diez.

Si en mi barrio me había peleado con varios a los que le hice botar sangre de la nariz, en el colegio me trompeé con Juan

Carlos, un chico de cutis blanco, que alardeaba de ser karateca. A patadas y puñetes le bajé los humos. Un negro me pegó a rodillazos de sorpresa, no pude reaccionar. A la auxiliar le conté que yo no tenía padre, ni así me regalaron la canasta por el día de la madre. Otro se ganó el sorteo. "Así es la suerte" decía la auxiliar. En clase de Construcción Civil, me trompeé con Omar, crespito pentecostal, este me retó valientemente. Si no nos separa el profesor le sacaba la mierd... En la calle le pequé a un "promo" de primaria que me insultaba cada vez que me veía. El policía casi me agarra.

Al final del año, no gané el diploma, tampoco gané el concurso de Matemática. La plata del salón para la promoción, producto de la venta de marcianos, desapareció; porque la asesora se fue de licencia.

Me empezó a gustar las piernas de las chicas, sus mismas caras me hacían sentir un gozo indescriptible, sus mismos ojos achinados o redondos los adoraba. Incomprensible para mí que empiecen a gustarme las chicas. Desde esa vez tuve recelos de

jugar o hablar con ellas. Ya no me gustó jugar a las bolitas, tampoco al trompo ni la chapita, ni las escondidas, me olvidé de volar cometas, me olvidé de jugar mata gente o arroz con leche. Algo de mi interior lo sentía que me ardía, era un fuego hirviente e incontrolable. Apenas miraba a una colegiala, crecía algo en mí que me hacía desear algo que las chicas escondían no sé en qué lugar de sus cuerpos. Hasta no sé cómo se me ocurrió hacerlo ese otro algo nuevo para mí que era satisfacción y arrepentimiento.

CAPÍTULO XX

Me obsesioné de comprar periódicos. La lectura de noticias pasaba al segundo plano. Primero era mirar las fotos de las mujeres que a todo color y en la página central se mostraba. Eran mujeres en paños menores que mostraban sus atributos. Mi órgano sexual despertaba y era un imán potente para mis manos. Después de jugar con mi órgano, venía el arrepentimiento que duraba días. ¿Por qué tenía esos deseos?

Me gustó leer esoterismo y brujería. Me atrajo saber mi futuro a través del horóscopo. "Ojo" era mi periódico preferido. A pesar de mirar a las chicas desnudas de los periódicos, también aprendí algo que hasta ahora lo tengo claro: La teoría de la Relatividad, La policía del pensamiento, Las maldiciones de la

tumba de Tutankamón, el horóscopo chino. Muchos misterios que nunca encontré en los libros de historia sin pasta y viejos.

Me atrajo Silvana, una chica linda y de cabellos castaños que cursaba el segundo grado, igual que yo, pero en la sección C. Fue fugaz este gusto. Pues la veía varonil, apitucada. Fue Luz, una chica morena, cabellos lacios y recogidos en cola, alegre y de rostro simpático, quien estaba cursando el mismo grado que yo, pero en la sección G, quién me condenó a vivir pensando en su imagen, extrañando sus ojos, su cara, su sonrisa. No sé qué me había pasado. En todo el día solo las ganas de hacer algo no las tenía. Y en las noches descansaba, pero al despertar se repetía el mismo desgano, desinterés por todo.

Ella estaba cerca de mí, pero yo temblaba a la idea de acercarme. Tocaba el timbre de la salida y yo miraba el pasadizo y ella ya no estaba. Un vacío espiritual es lo que sentía. Regresaba a casa no queriendo regresar, porque sería más fuerte el recuerdo de Luz. "Luz, cuánto extraño verte, te he buscado por toda la ciudad sin encontrarte". Con este peso, seguí

estudiando, con esta carga seguí practicando Matemática, Lenguaje, Ciencias Naturales... Tan difícil era para mí acercarme y decirle "hola" "buenos días señorita".

No soporté más el dolor y quise conocer la casa de Luz, para pasar por allí, los sábados. Fue así que, a la hora del crepúsculo vespertino, la seguí por la avenida. De entre tantas colegialas no la perdí de vista. No pude acercarme y mirarla de frente, porque ya en el colegio la había contemplado rezando en silencio para que ella me hablara, lo que nunca sucedió.

Oscureció, caminé tras ella con la preocupación de ser descubierto, así que no la seguí a una distancia menor. Empezó a llover fuerte sobre la ciudad. La gente disminuyó por los lugares donde caminaba Luz, ahora sin amigas. Los postes alumbraban opacos. Oprimido por el frío y la soledad de las calles, la seguí.

No sé cuánto más duraría. En la calle nadie andaba más que ella y yo. El cielo se transformó en una ducha gigante. El agua celeste me mojó la blusa nacarada. Los trabajos de arte que había hecho en cartulina quedaron despintados al contacto con el agua. Los colores de la tempera me ensuciaron las manos. Yo solo escuchaba el golpe de las gotas contra los techos de las casas.

Ella caminó más rápido y volteó una esquina y desapareció. La busqué desesperado hasta cinco cuadras y no la encontré. Repetí la búsqueda por los lugares oscuros donde la perdí, fue en vano. Llovía fuerte y yo estaba totalmente mojado. Desalentado regresé. Quise gritar fuerte. Verter lágrimas sabor a sal. Miré al cielo y me dejé bendecir por las gotas celestiales. Necesitaba purificarme del dolor cruel e inhumano.

Al pasar por el templo, entré esperanzado en un milagro. Recé arrodillado ante Cristo crucificado y le pedí que por su voluntad divina permitiese a Luz hablarme o interesarse en mí. Yo de rodillas y Cristo con los brazos abiertos y pendiendo de una cruz, nos hablamos. Creo que me calmé, esperanzado en el poder de Dios. Después de rezar mucho continué mi retorno a casa. La lluvia no paraba, mas no me importó que me moje, no me importó la gente, no me importó nada, porque lloraba bastante el cielo, así como yo también vertía en abundancia esa agua salada viendo estrellarse y combinarse con el de la lluvia, en la acera.

Una tarde, en pleno Concurso de Bandas de Músico inter colegios, que se realizó en el anfiteatro del campo ferial, logré ver a Luz en la tribuna circular. Ella agitaba las manos, contenta junto a sus amigas. Me acuerdo que estaba vestida con un buzo

rojo con rayas blancas, distintivo del colegio. Sonreí, y empecé pensar en cómo acercarme a ella.

Las presentaciones de las bandas de músicos siguieron. Horas después, Luz pasó por mi lado acompañado de un estudiante de cuarto año. Con desagrado los miré. Luz ni me miró. Yo estaba saboreando mi derrota. Los vi salir por la puerta. Estuve impotente de hacer algo. Mis ojos se lustraron de una capa de lágrimas. Ellos desaparecieron por el bosque. Desengañado ya no pensé más en ella, Luz. No quedaba más que seguir con lo que yo hacía a diario. Pero era fuerte la sensación de no querer hacer nada. Ya no quise estudiar, ni comer, ni beber agua, ni jugar, ni reír...

CAPÍTULO XXI

Qoriwasi 10 de enero de 1989

Querido Dios:

Recibe mis cordiales saludos por intermedio de esta carta. Después paso a comunicarte lo siguiente:

Diosito, la plata ha desaparecido. Peor Diosito, las cosas no hay para comprar. Mi mamá tiene bastantes intis, pero ella tiene que hacer cola madrugando como los gallos para comprar un kilo de azúcar, de arroz, de sal, de fideos. Mi madre me ha dicho

que ayer se fue al mercado y las ´verduras cuestan más caro. Ha visto derramar lágrimas a la gente. Mi mamá no ha aguantado y se ha contagiado como la gente de la desesperación e impotencia. Mi hermana mayor también va a ir a hacer cola mañana, Diosito, para comprar un kilo de las cosas.

Dios, tú mismo eres testigo. En las noches la vela nos alumbra. Ya no usamos kerosene, solo la leña rojiza se hierve las ollas negras.

Caracho tengo ganas de comer algo. He buscado plata en el suelo de tierra, al cual muchas veces mi madre ha barrido. En los rincones me parece encontrar algo, pero no es moneda. Busco en los intersticios que existen entre los adobes. Desde la parte inferior de la pared hasta la superior. Solo encuentro tierra, palitos, papeles envueltos. De suerte he encontrado varias

monedas de color dorado opaco, en la cual la imagen de Túpac Amaru está en relieve, pero no valen. He encontrado un billete, de "DIEZ MIL INTIS". No vale Dios.

Mi mamá dice que desde el año pasado que escuchó por la radio que el Ministro de Economía Abel dio el "paquetazo", todo había subido, hasta un clavo.

Diosito, estoy muy mal en mis cursos. Me dedico a jugar hasta las ocho, en el pampón del colegio. He ganado monedas que no me alivian las necesidades. Me gusta la hija del Director, su amiga de esta y de esta su amiga.

Diosito, ojalá que mejore esta situación. Ayúdanos en todo Diosito. Sin más que decirte me despido con un fuerte abrazo.

Atentamente.

Jesús B. T.

Postdata: ¿Por qué no regalan la comida por igual si somos tus hijos?

Yo cursaba el tercer grado de secundaria me dejé llevar por el fútbol y comencé a jugar hasta las ocho de la noche, en el pampón del colegio. Jugábamos bastante los del grupo. Nos lucíamos cuando la hija del Director, una chica propietaria de un cuerpazo, y sus amigas; una morenita y una chinita: nos miraban jugar.

Dejé de entrar a clases por seguirle a un compañero apellidado Chuquillanqui, que tenía una obsesión: seguir a las chicas o esconderse cuando una chica pasaba por nuestro lado. Una noche seguimos a una chica de pantalones por un camino

oscuro, yo me regresé a casa. Para otra vez ya no le hice caso a ese compañero de estudios.

Mi hermana seguía vendiendo en ORDEZA que Ahora le llamaban CORDE-Ancash. Ella nos decía que algunos empleados y empleadas le regalaban zapatillas y zapatos usados. Yo me escogía los buenos y con ellos me sentía cómodo jugando al fútbol. Yo no ayudaba a vender. Solo me gustaba el fútbol. Las chicas de Quinto y nada más.

De tanto jugar y ganar unas monedas, desaprobé tres cursos: Arte, Lenguaje y Matemática. Me prometí abandonar el fútbol y ser un espectador despreocupado de las chicas. De Luz ya no me dañaba recordarla. Ella se había traslado a otro colegio...

En la clausura me entregaron la libreta. De regreso a casa, no sabía que decirle a mi madre. Mis pasos cortos se transformaban en grandes y cada vez me acercaba a mi casa.

CAPÍTULO XXII

Mi madre se amargó de mis cursos jalados y me gritó de ocioso y malcriado. Me quiso mandar a Lima, pero ella no tenía plata. Le prometí salvar los cursos en marzo y mejorar mis calificaciones en cuarto grado.

En el cuarto grado, tuve que competir con un compañero para memorizar las clases de Literatura. El profesor de matemática me invitó a participar al concurso de la asignatura, gracias a un dieciocho que obtuve en el examen. Ecuaciones y funciones era fácil. Desistí de participar. Yo quería jugar fútbol. Me acordé

que a mi madre tenía molestias en la cabeza por culpa de mis tres cursos desaprobados y que apenas aprobé con once; dejé de jugar. Me dediqué al estudio con más interés. Mi madre seguía vendiendo golosinas en el colegio, pese a la oposición del secretario del colegio. En época de lluvia todas las vendedoras incluida mi mamá se arrinconaban en el pasadizo del colegio. Yo salía al recreo y mi madre me invitaba un queque o una gelatina.

En el colegio trabajaba una profesora que me enseñaba el curso de Psicología. Era una mujer alta, de grandes caderas. Yo soñaba con esas caderas. Pero se fue a trabajar a la oficina como coordinadora de OBE. Ella me molestaba diciéndome que no tenga la blusa fuera del pantalón.

En la salida que era las seis de la tarde, mi madre y las demás vendedoras se ubicaban a la entrada del colegio. Yo pedía un

queque y mi madre me lo daba. Luego me regresaba a casa pensando en ser un profesional para vivir como vivía el profesor de matemática.

Serían las diez de la noche que mi madre regresaba a la casa después de haber vendido en el turno nocturno. Mientras yo escuchaba la radio. Con mi vela prendida me ponía hacer mis tareas. Me gustaba escuchar Radio Moscú, que de casualidad sintonicé por primera vez. A las doce de la noche me dormía. Cuando toda mi familia hace rato que descansaba.

Ese año que se me ocurrió fastidiar a una chica llamada Chela. Ella era de Lima. De golpe me dijo que yo era bonito solo el 0.0999%. Durante varios días interpreté las palabras de Chela de diferentes maneras. Pensé que todas las mujeres pensaban como ella, de mí. Ya ni quise mirarlas a las que pasaban

por la calle, anticipándome a sus palabras venenosas. Alguien me querrá me dije. Y decidí buscar a ese alguien, a esa anónima que yo no sabía dónde estaba.

Con motivo del paseo por el día de la juventud, todo el colegio fuimos de paseo a Wilcawaín. Mi madre, me preparó el fiambre: plátanos, naranjas y mandarinas; y un segundo de papas fritas con huevo frito. La comida para mantenerse caliente llevé en un portaviandas.

La caravana de estudiantes ascendimos por un terreno boscoso. Cruzamos puentes de troncos de eucaliptos hechos sobre el río Casca, cuyas aguas eran como espejo. Pasamos por el costado de un campo pantanoso y baldío llamado Caururu. Perdí el equilibrio al hundirse mis zapatos en un lugar pantanoso. Creí que me seguiría hundiendo, pero solo fue una parte del

terreno. De las aisladas casas que había a lo largo del caminito de herradura, varios perros de variados tamaños se lanzaron a mordernos. Cogí piedras por si acaso. Mi respiración se hizo más rápida. El peso de la mochila se triplicó. El cielo estaba despejado y el sol brillaba radiante. Era lindo observar la combinación del paisaje pintoresco del bosque verde, los cerros y nevados.

Acordándome de la ruta que conocía desde niño, corté camino. Me interné por el bosque de eucalipto aromático. Crucé chacras de sembríos de mazorcas y papas siempre con el temor de ser molestado por el dueño. A pesar de mi agotamiento físico, seguí caminando y nunca llegaba a tocar los nevados blancos, los bosques verdes y cerros medio marrones.

Cerca de horas de caminata dieron su fruto, por fin yo llegaba primero a las ruinas. Ruina pre inca que estaba en medio de un bosque amplio de altos eucaliptos, zarzamoras y malas hierbas. Esperé que la caravana de estudiantes y profesores ocupen la construcción de piedra tallada en forma rectangular.

Me interné en la ruina. Recorrí los callejones oscuros y los cuartos tenebrosos del sótano cuya puerta de entrada es por el lado oeste, es decir, parece que era un símbolo del descenso solar. Era asombroso la bóveda de grandes bloques de piedra sin ninguna rajadura ni hundimiento. En uno de los cuartos oscuros y sin ventana encontré a cinco chicas del Quinto grado. Dos de ellas tenían la vela prendida y una, la más flaca, tenía medio cuerpo dentro de una ventana angosta. Otros muchachos aparecieron y es a ellos que una de las chicas le avisa que la

ventana conduce al segundo piso. Uno de los chicos apaga la vela de un soplo. Y la chica embutida en la ventana empezó a gritar. Cuando una de las amigas encendió la vela, vi que los chicos la estaban manoseando a la de la ventana. Otro soplo de otro colegial y se apagó la vela. La colegiala gritó afanándose por entrar a la ventana, en cambio sus amigas trataban de sacarla. Imitando lo que hacían los muchachos yo también acaricié por primera vez el trasero y la entrepierna de una chica. Cuando la vela nuevamente fue prendida y protegida, dejó de interesarme. Creí ver en la actitud de la chica embutida que le gustaba ser manoseada.

Saliendo al pasadizo vi que una de las chicas más bonitas del colegio apareció del fondo. Me puse en fila como el resto de colegiales mayores que yo. El deseo de tocarla fue reprimido

porque la escoltaba su enamorado o amigo pelucón con pinta de rocanrolero y que parecía un buen peleador.

A la hora del almuerzo me interné en el bosque para comer mi fiambre. Pensé en buscar a los compañeros del salón y jugar varios partidos de fútbol en el campo de abajo. Si yo quería seguir jugando por la selección del salón tenía que estar en contacto con los peloteros.

El próximo yo cursaría el quinto año y seguir jugando sería seguir desaprobando cursos...

CAPÍTULO XXXIII

Ya cursaba el Quinto de secundaria. Mi madre seguía vendiendo en el colegio como los años anteriores. Yo, nuevamente empecé a jugar fútbol todos los días. Con los amigos entrábamos tarde a las clases. Sin embargo, tuve suerte que me enseñe matemática el profe Efraín. Este enseñaba bastantes ejercicios de exponentes, al que me lucí con varios veintes. Literatura me enseñó un profe que le decían Galifardo. Este narraba El escarabajo negro de Edgard Allan Poe. Qué lindo

cuento. La novela Werther, historia de amor de Werther y Carlota.

De regreso a casa se me ocurrió ir tras una chica de otro colegio. Ya era momento de aplicar los consejos de mi compañero de estudios apellidado "Heredia". Me acuerdo la primera vez que este pata me presentó a una chica del Simón Bolívar; no supe qué decir a esta. Mudos caminamos cerca de tres cuadras. En cambio, él si conversaba con su germita de turno, pues más rato le tocaba conversar con la otra. "El otro día te he visto paseando con un chico" esa era la frase para saber si la chica tiene enamorado. "tú eres una chica muy bonita, de nobles sentimientos", otra de las frases de Heredia.

Vi que la desconocida tenía piernas fuertes y sensuales. La vi caminar trémula de frío. Esa blusa, seguro no la abrigaba. Los

carros y tráileres pasaron. Ella continuó su camino y yo seguí tras ella, sin envalentonarme y hablarle. Temblé y no quise acercarme. Una fuerza opuesta a mis deseos me ataba la boca y la voluntad, que me congelaba la lengua sin posibilidad de emitir una letra.

Llegó la noche y los postes de alumbrado público se encendieron, sin embargo, a medida que me alejaba de la ciudad los postes desaparecieron y a ratos nos alumbraba el paso de un vehículo. Tampoco me atreví a acércame a la chica.

En el cielo, gran cantidad de estrellas parpadeaban. El frío me calaba el pecho y la espalda, mis cuadernos apenas los tenía agarrado. Un nuevo carro pasaba y nos alumbraba y yo veía su cabellera suelta, su silueta delgada, su cabeza chica, su porte bajo. Cavilando cómo abordarla pasé eterno tiempo de ansiedad.

Me desesperé. Me iba a vencer mi temor al rechazo. No iba a poder hablarla. Ni siquiera saludarla. "¿Hola, puedo acompañarte?" se me salió automáticamente la frase tradicional que me había enseñado el compañero del salón. Tartamudeando le dije esa frase simple. Ella esperó que un carro nos alumbre para que ella responda: "sí". Ahí pude ver su rostro agradable, sus ojos redonditos. Ella me miró curiosa, no olvido hasta ahora su mirada dulce y amorosa. "te invito al cine", "ya".

Hablamos de encontrarnos el domingo en la Plaza de Armas. Ella no se negó y eso me alegró. Es decir, por fin me iba a pasear con una chica real; no una, imaginaria. Cuando llegamos a la esquina donde había luz, ella me dijo que se iba por el otro camino donde vivía, yo contento volteé la esquina para regresar a casa.

Algo importante me había olvidado decirle a la chica: La hora de la cita. Con este dato faltante era imposible encontrarnos. Desalentado pasé mi domingo, deseando buscarla el lunes, pero ya no la vi por la calle en esos atardeceres pesados.

Una noche me fui al cine motivado por lo que escuché en la radio. En el cine, leí el título de la película. "El vicioso". Justo encontré a un amigo del colegio que también era vecino, él se llama Walter. Este ya se preparaba para entrar. "El truco es que le compres al que recibe los boletos, anda corre a tu casa y cámbiate de chompa del colegio". Cuando lo vi entrar sin impedimento, regresé a casa para cambiarme de chompa. Luego volví al cine. La boletera me miró extrañada y me dio el boleto. Al cobrador le compré caramelos y me dejó entrar. Por primera vez

observé una película de dieciocho años. Solo vi desnudos y manoseos.

Saliendo del cine, me dio ganas de hacer algo con la mujer. De lo que en mis entrepiernas estaba tranquilo se me alborotó y quise hacer lo que vi en el cine. Me dio ganas de manipular mi... después me arrepentí de lo que yo había hecho.

Un atardecer, "Heredia" nos llevó a varios del salón para conocer una casa; que quedaba por el jirón San Martín. Entre ellos fueron "Pinocho", "Sapo". "Ahí es mejor" nos dijo antes de que entremos. Un señor nos cobró dos soles. Como éramos cuatro por dos el resultado fue ocho soles que cobró el dueño. En el interior vi a estudiantes de otros colegios. El señor encendió el televisor. Quedé estupefacto de lo que veía. Nada se escondía, todo era explícito. Quise vomitar. Salimos del lugar

y yo aún deseaba no haber visto lo que vi. Este video era más fuerte que del cine. Me daba síntomas de nauseas cada imagen que recordaba y más peor las imágenes se habían marcado fuerte en mi memoria. Pensativo regresé a casa. Más me lo quería sacar de mi memoria, más lo recordaba. Me juzgaba a mí mismo el no haber venido a mi casa derechito sin hacer caso los amigos.

Una noche, de casualidad descubrí que una colegiala se quejaba exclamando ¡suéltame! ¡Auxilio!, en el pampón del colegio. El que la tenía asida fuertemente era un chico de mi edad, tez morena. Grité fuerte. ¡Suéltala cobarde! El atacante soltó a la chica. La chica asustada se arregló el uniforme. La reconocí, era una de cuarto grado. La chica no me dijo nada. Con el desconocido nos estudiamos cara a cara. Yo no me atrevía a iniciar el ataque, el otro tampoco. Ya anochecía y no había

estudiantes ni profesores. Mi valor fue bajando de intensidad. Mi valentía ya no era al del inicio. ¿Qué había hecho? ¿Por qué el destino me llevó a ver a esa chica y al hombre?

CAPÍTULO XXIV

Cuando terminé de dar una vuelta mirando la espalda los hombros, los puños, el vientre, la cara del chico; me alejé de él rápido antes que obscurezca más.

Ni gracias me dijo la chica ni Hola le dije a una del quinto H. Cuando el heladero fastidió esta me puse saltón. Antes de perder otra vez, me animé a conquistarla. Lo que me atrajo de ella era su cuerpo bien tallado y cabellos como espirales de humo. Desde el inicio no quise acercarme a ella, así que fui tras ella.

Serían las doce del día del miércoles, único día donde los Quintos teníamos clases en la mañana.

Volteando por la parroquia Los Oblatos de San José, cercana al colegio, las abordé. Digo las abordé porque la chica estaba acompañada de su amiga. "Hola chicas". Me puse rojo. Ellas rieron. "Las acompaño". "Ya". Y las acompañé. Durante el trayecto hablamos de los cursos que estudiábamos. "Tal profesor te enseña". "A mí también". "El curso de religión no estoy al día". "Te presto mi cuaderno". "Gracias". Cuadras y cuadras caminamos hasta que la dejamos a su amiga en una carreta cuya propietaria era una señora.

Solos caminamos más cuadras. "El domingo te invito a pasear". Ella cambió de gesto. "Mi mamá no me deja salir". "Solo vamos a pasearnos". "Tengo que lavar los platos". "Acepta mi

invitación". "No puedo. Mi mamá me controla". Habiendo perdido cualquier esperanza de salir llegamos hasta una esquina y nos despedimos. Prometiendo encontrarnos en el colegio para prestarle mi cuaderno de religión.

Préstamo que nunca sucedió, porque me desanimé a hablarle. Ya no me acerqué a su salón de la chica. Si de casualidad la miraba, trataba de no hacerlo con fijeza. Me di cuenta que ella sí quería hablarme. Una vez, se acercó a una corta distancia de mí. En mi casa me arrepentí de no haber conversado con la chica. Mañana mismo con verso con ella me dije. Pero en el colegio me informaron de algo inesperado.

CAPÍTULO XXV

Las clases se suspendían indefinidamente. Los profesores habían entrado a una huelga. Busqué a la chica por todo el colegio, al final no la encontré.

Mis dos hermanas vendían las golosinas, huevo y choclo cocido en la CORDE-Ancash y con eso comimos. Yo escuchaba la música romántica. También jugaba fútbol en un campito que había cerca del río. De vez en cuando leí mi segunda obra: El avaro de Moliere. Mi primera obra fue el ruiseñor y la rosa de Oscar Wilde.

En el campito de fútbol, al borde del río, "Tres mil años antes de Cristo", era la frase con la que me martirizaba el hijo del ladrillero, aquel que me invitó a bañarme una vez. Durante días y noches desmenucé la frase para descubrir su verdad. Entendí que me había una comparación con los gorilas.

En esos días hubo otro "paquetazo" que escuché por radio. Gracias a Dios se ofertó trabajos temporales para arreglar jardines, parques, etc. a cargo del convento de San Antonio. El pago era con pescado merluza, frejoles, arroz, atunes, leche, azúcar. Mi hermana mi madre y yo madrugábamos para lograr que nos inscriban y así poder trabajar. Yo trabajé varias semanas, lo mismo mi hermana y mi madre. Cada fin de semana recibíamos nuestros alimentos y contentos llegábamos a casa.

Los meses pasaron y la huelga no se levantaba. El trabajo también disminuyó. Éramos pocos los que trabajábamos. Al final se acabó la chamba. Y al acabarse la chamba dejamos de comer la merluza, los frejoles, el arroz, el... de vuelta jugar fulbito, de vuelta a escuchar música romántica, de vuelta a querer entrar al cine, pero no hay plata.

Un día, Jerjes me llama desde la calle y me dice que me piensa proponer algo que me va favorecer.

CAPÍTULO XXVI

Me puse a trabajar en la fábrica de ladrillos. En la ladrillera había una campesina muy linda. Ella ayudaba las labores domésticas, entre ellas la de cocinar.

Cada que salía recoger agua del caño, yo la admiraba y ella correspondía a mi mirada. La veía sonreír y me sonreía. Me alegré mucho, pensando lo fácil que era con ella. Quise abordarla varias veces, sin embargo, no lo hice, ya que yo estaba a la vista de todos los que trabajaban y vivían en la ladrillera. Me contenté con verla moviendo sus trenzas, mostrando sus dientes con una sonrisa, caminando con rápido paso al compás de sus bamboleantes polleras.

En las noches, echado sobre mi cama la admiraba repasando su imagen. Ya imaginaba casarme y tener varios hijos. Ya me imaginaba viviendo con ella en una casa imaginaria. Me sentía tan seguro de tener por fin a una chica y de una vez, aunque ya terminaba mi quinto igual valía mejor tenerla con tal de no perder la oportunidad. Aunque mi madre estaba obsesionada con que yo debía ser profesional.

Amanecía, me alegraba verla y algo de mí me impedía hablarle. El miedo era fuerte, me vencía. Decirle que "vamos a pasear el domingo" era tan difícil. Era fuerte ese impedimento que no me dejaba acercar a ella. Y así luché varios días, tardes; con un resultado frustrante.

La noche que el otro hijo del dueño de la ladrillera me contó que se había acostado con una mujer en el río, me puse celoso. "Si es ella, me fregué".

-Mi viejo me ha descubierto con la chola subiendo desde el río y me ha molestado por enredarme con una...pero yo le he dicho que es solo para gozarme.

Me quedé paralizado por un breve tiempo al escuchar esta confesión, la única campesina era la cocinera. Fruncí las cejas, miré el suelo fijamente, me quedé sin decir nada. Perdí las ganas de pensar en esa mujer. Mis ojos se lustraron de lágrimas.

Al día siguiente, a la muchacha la vi diferente. Me miraba molesta. Eso apresuró mi alejamiento de ella. Pensé que lo mejor era terminar de estudiar mi secundaria y luego prepararme para

continuar con mi educación superior o universitaria. Ya no tuve ganas de pensar en la campesina. Pasaban los días y eran estos los que me hacían olvidar hasta no dejar huella más que recuerdos inofensivos.

La huelga de los profesores se levantó. Y de nuevo me preparé para regresar al colegio. Varios de mis compañeros y amigos se habían trasladado a colegios particulares. Los profesores dijeron que las clases se extenderían hasta enero. Volví a caer en mi vicio: el fútbol. Jugando en la oscuridad del pampón del colegio hasta las ocho de la noche, a veces en el campito de la tribuna.

Volví a ver a Zulema, la chica de cabello rizado que cruzaba las piernas y dejaba ver sus muslos suculentos y morenos. Una tarde quise chapar con ella en el pasadizo de los talleres de

mecánica, carpintería. Mientras leíamos en el periódico mural, ella dejó que me posicionara detrás suyo.

CAPÍTULO XVII

ero mirando su espalda y sus cabellos rizados, mis latidos empezaron a golpear mi pecho y no resistí constante bombardeo de sangre acelerada. Una sensación de desánimo me dominó hasta que me retiré del lugar. Lejos de ella me sentí relajado, tranquilo...

Norma, la chica del Quinto A, me empezó a gustar. Cada que escuchaba una canción salsa, se intensificaba dentro de mí una sensación de necesidad espiritual. Hasta me olvidé de los deseos sexuales. Norma estaba cerca de mí y yo no le hablaba, ella me mira y yo me hago el no mirarla, Norma sonríe a otro

muchacho y yo me piconeo. Preferí que no me diga una frase matadora. Norma tenía dos amigas que también eran bonitas y se fijaban en chicos bonitos.

Gracias a las ecuaciones con teoría de exponentes que me enseñó el profe Efraín, varios de mis compañeros alargaban el cuello como jirafas para copiar mi examen. Yo tenía varios veintes. Este profesor le gustaba decir "mamachitas" a las estudiantes de otras secciones que aguaitaban nuestro salón. El profe de Arte, que era el mismo que me enseñó en el primer año, nos hacía dibujar. Esta vez sí le dibujé bonitos cuadros, pero el profe me decía que los míos eran calcados. El profe de Filosofía de apellido Mautino, me hacía pensar del hombre que tiene dominio sobre la inteligencia y de los animales que son dominantes de la fuerza muscular. En Educación Física, los ejercicios eran bacanes. Yo vestía mi short y polo y las mujeres polo y calzoneta. Una vez, me puse a mirar la clase del curso de otra sección. El ejercicio consistía en hacer abdominales. Las chicas de ese salón tenían gruesas piernas, algunas tenían el color albo. Uno de los

estudiantes giró el tronco al suelo y su genital se puso tieso, sería por mirar las piernas de sus compañeras o por el roce de su short con el movimiento.

En la hora de recreo yo iba donde mi madre para que me invite queque o gelatina. Si llovía la encontraba en el pasadizo. Mi hermana estudiaba en el turno nocturno, quien acompañaba a mi madre. Las dos se venían a casa a las diez de la noche y me encontraban haciendo mis tareas.

Me levantaba temprano para hacer mis sesenta canguros obligatoriamente. Yo quería tener buenas piernas. Ya se acercaba el fin de las clases. Yo no tenía curso desaprobado. Y solo iba al colegio para jugar con la mancha de amigos.

Mi madre me dijo: "Vas a postular al Instituto Superior Pedagógico de Q.... Anda preparándote". ¿Le hago caso a mi madre o no le hago caso?

CAPÍTULO XXVIII

Mejor disfruto de mis cursos aprobados. Al anochecer, regresé a casa por la avenida principal de la ciudad. Vi acercarse a una flaquita, bonita, de ojos preciosos. Su uniforme lo tenía levantado como una minifalda. "Hola linda". La chica me miró fijamente. Hizo una mueca de desprecio. Escupió la vereda. Toda la valentía que yo tenía antes de encontrar a la chica, desapareció como burbuja de detergente.

Me acordé de mi compañero de salón, Ñivín, un crespito, quien una vez me pidió que lo acompañe hasta el pampón. Justo

apareció una chica llamada Yerena del tercero de secundaria. Ñivin se acercó a ella y la chica no le hizo caso. Y por eso mi compañero se desanimó a seguirla. Miguel, mi otro compañero del colegio, estaba enamorado de una colegiala mayor que ya había terminado sus estudios. Una vez le acompañé a él hasta la casa de la chica. Shagui no pensaba más que en tirar con liga papelitos envueltos, al culo de las colegialas que decían un ay fuerte. Culey se hizo el que se dio un tropiezo y para evitar caer al suelo, agarra el trasero de una chica del quinto G. La chica sabía pelear, a Culey le dio cachetadas.

Las mujeres bonitas me gustaban y despreciaban En el salón me hubiera hecho caso Dina, Zulema, María... a las que nunca les dije "linda", "princesita", etc. Creo que yo debía amar a

mi prójimo... amarlos hasta dejarme ganar en el examen de admisión...

Una semana antes del examen de admisión al Instituto Superior Pedagógico de Q... caí enfermo. Me dolía los ojos, la cabeza, mi cuerpo no resistía estar de pie. La víspera antes del examen, no mejoré.

CAPÍTULO XXIX

Ingresé al Instituto Superior Pedagógico de Q... en el quinto puesto. El examen de mi hermana se perdió, nunca lo publicaron. En el instituto le dijeron que ella no había ingresado. Desde esa vez ella perdió interés por la vida, por el negocio. Lloraba todos los días por culpa del examen. Los que sacaron nota diez, se quejaron de las irregularidades y pretendieron anular los resultados. Pero no prosperó esa intención.

Las vendedoras de golosinas que estaban con mi madre en el colegio, me felicitaron y regalaron caramelos, chocolates, etc. Mi madre me contó que en el colegio, el secretario, que se creía dueño del colegio había denunciado a las vendedoras hasta llevarlos a la comisaría.

Mientras yo anduve tomándome fotos para matricularme. No tenía fuerzas para caminar. Me sentía mareado. Desganado, con malestar corpóreo. Así fui a matricularme.

En el instituto noté que los cursos no eran fáciles como si lo habían sido en el colegio, donde el profesor se quedaba dormido en hora de examen, o algún profesor vendía notas. En el instituto, en todos los cursos sin excepción daban trabajos monográficos, exposiciones, exámenes a cada rato.

Esos primeros meses de estancia en el centro superior, hubo toma de local por parte de los dirigentes de la Federación. Su reclamo era la destitución del Director. Acatando las órdenes de estos dirigentes hice presencia en el instituto amenazado de pagar la multa de veinte soles.

Los profesores convocaban reuniones informales a estudiantes, en la calle, para persuadir sobre la importancia de la Lucha Armada. Hablaban de Maoísmo, especialmente una profesora ya de edad avanzada. También había dirigentes estudiantiles de menor rango que imitaban la voz y gestos de

políticos experimentados. La toma del local terminó cuando el Director fue destituido y bajado a la categoría de docente.

En el salón había una chica muy bonita. Varios la admiraban y de otros salones también venían a verla. Yo tampoco no me negué a contemplarla. Los compañeros que estudiaban en la universidad, eran lobos en matemática, sacando notas de dieciséis para arriba. Yo en cambio sacaba diez como nota máxima. El profe Amancio, lo hacía fácil la clase y difícil el examen.

Una mañana me sacó conversación cuando nos cruzamos por la avenida. Después de hacerme unos rodeos me pidió plata. Yo que nunca había dado plata para aprobar un curso, me quedé sorprendido. ¿Cuánto? "Tu voluntad". Para no salir desaprobado tuve que vender varios de mis obras literarias para recoger la cantidad de diez soles. El profesor, sonrió burlón, cuando le entregué la plata. Me dijo que yo tenía que asistir a clase para que los demás estudiantes no sospechen. "El diez

soles vale para un trece". "El docente gana poco, yo he construido mi casa de dos pisos, ayudando a los estudiantes".

El ejército intervino el instituto. En mi aula, entraron los soldados. Como éramos cachimbos nos pidieron nuestra identificación personal. Yo mostré mi Libreta militar. Los uniformados se retiraron. En cambio, varios estudiantes de ciclos avanzados, especialmente de la especialidad de Filosofía y CC.SS. e Historia y Geografía y también de Primaria fueron detenidos y salieron de su aula enmarrocados con los brazos a la espalda.

Tensionado por el líbido, me precipité a tomar una decisión: visitar la "Casa Rosada". Caminé varios "kilómetros de autopista", a la hora del crepúsculo. A cada rato pasaban carros chicos y grandes a gran velocidad dejando tras sí humo y ruido. Cuanto más avanzaba menos casas había en los costados de la pista, reemplazando a ellas, abundantes árboles de eucalipto y zarzas.

Al anochecer estuve a unos metros de esa casa. Me puse nervioso y mis manos temblaron más que mis piernas. Dudé bastante rato en entrar. La luna llena brilló triunfante en el cielo. En la entrada, un hombre me preguntó: ¿Por qué tienes la cara de asustado? y se rio. Otro hombre que cuidaba la puerta me pidió un sol. Avancé hasta un patio pequeño. A cada costado de este, había cuartos pequeños cada uno con su foco de luz encendido en el dintel. Y en cada puerta abierta había una mujer con ropa interior. Varias se pusieron coquetas y me llamaron diciéndome "guapo", pero no les hice caso, porque eran viejas y su lenguaje no sonaba bien a mis oídos. Caminé hasta entrar a uno de los últimos cuartos. La chica que atendía debía tener sus veintitantos años. La chica me dijo que era de Tumbes. Se dedicaba al "oficio", porque estaba estudiando la universidad y necesitaba plata.

Apenas entré al cuarto, ella me pidió veinte soles. De inmediato me ordenó quitarme la ropa, ella hizo lo mismo. Después estrujó mi sexo semi erguido con una de sus manos

como queriendo sacar algo. "Para ver si estás sano" me dijo. Luego se puso de cuclillas y orinó en un bacín. Se echó en la cama sucia y abrió las piernas blancas. También se desabotonó su blusa y pude contemplar sus lindos pechos lechosos y abultados. En medio de esas piernas había una mancha oscura. Y en medio de esa mancha oscura había unas carnosidades en forma de labios. De acuerdo a su indicación me coloqué encima de ella. Me moví a ritmo de vaivén. Ella ladeó su rostro de leche mascando su chicle. Quise tocar sus pechos. "Eso no". Después de una faena corta, mi miembro perdió fuerza y se desvaneció totalmente hasta llegar a su estado normal. Lo reanimé con recuerdos de piernas y muslos. "¿Ya acabaste?" repetía a cada rato la mujer aburrida y se tocaba su sexo. "Todavía". "Pues apúrate". Yo dale y dale para resucitar mi falo. "Tú estás enfermo. Debes visitar un médico". Bajé de la cama avergonzado y pensativo de lo que me había `pasado. La mujer no le contaría a nadie de mi "enfermedad". A pesar que no gocé, no me devolvió la plata que le di. Salí de ese lugar frustrado, amargo. Rápido corrí a casa, pues yo debía estar antes de las ocho, hora en que

empezaba el toque de queda y los soldados del ejército en batallones salían a "pasear" por las calles.

Llegué sano y salvo a casa. Mi madre y hermanas ya estaban durmiendo. "¿Dónde te has metido?". Disculpa mamá, he estado en la calle". Comí un plato de sopa y luego me dispuse a dormir, ya que no había televisor, tampoco luz eléctrica solo la vela de cera me permitió despojar mi ropa. Después de las once escuché detonaciones de varias bombas, seguido de la sirena de la policía.

Una vez, la pollada, actividad organizada por la sección, pro compra de una computadora, terminó tarde. Como hubo apagón, corrí por el medio de la pista. En la avenida encontré al batallón de soldados a cien metros de distancia. Se me ocurrió pegarme en la puerta del colegio Luzuriaga hasta que el batallón se marchó. Se ganó bastante en la pollada para que la tesorera diga días después una noticia terrible.

CAPÍTULO XXX

Tanto sacrificio quedó en nada. La tesorera denunció que le habían robado la plata de la actividad. Y todas sus amigas la defendieron para que sea perdonada. Y la perdonaron.

Me contenté de no salir desaprobado ningún curso, con bajas notas.

Recordando los versículos de la biblia, deduje que yo me había fundido con una prostituta en uno solo y necesitaba perdón. Me prosterné cerca del confesionario. Sentí el aliento medio fétido del sacerdote, ya que solo mi rostro separaba de él, una rejilla tipo celosía. "He leído con entusiasmo libros y

periódicos que trataban sobre esoterismo y brujería y visto mujeres desnudas". "continúa muchacho, no temas que Dios es bondadoso". "He despreciado a las chicas feas". "Nada se ha escrito sobre gustos y colores muchacho". Continué relatando mis pecados y no tuve recelos del padre, porque él representaba a la autoridad celestial y nunca divulgaría mis faltas espirituales. Me inspiraba obediencia y sumisión a la autoridad y poder de Dios. "He ido al burdel de la ciudad una vez para fundirme en uno con una Magdalena". El sacerdote tartamudeó. "Totodo acto inmoral es pepecado grave". "Me he acostado con otra, con otra y otra prostituta". Seguí compartiendo mis faltas y pecados del colegio, del barrio, de casa, etc. "Hazlo conciso". "Las manos me tientan, padre, no estoy libre de los vicios de Onán".

"En conclusión, me rezas diez padrenuestros y por cada padrenuestro diez avemarías". Fue la sentencia del padre Alfredo de la parroquia de los Oblatos de San José.

Me puse de hinojos ante Cristo crucificado que estaba en el altar. Ahora sí ya no temía las tentaciones del diablo. Ya no tenía sed de sosiego espiritual. Pero confesado, los malos deseos no pude borrarlas. Las imaginaciones lúbricas lucharon por dominar mis facultades creativas. Y no pude vencer a mis propios deseos.

Llegando a casa me corté una parte corpórea para sangrar, y que este sangramiento calme ese ímpetu sexual incontrolable. Desangrándome estuve bastante rato.

EPÍLOGO

cada rato me impresiono. Luego se me ocurren ideas a raíz de las impresiones. Es verdad lo que dice David Hume. Desde el colegio no lo olvido esa frase filosófica: "Las impresiones son originales, las ideas copias".

La impresión de encontrarme solo en mi cuarto de bóveda de triplay, me provoca la idea de gozar en solitario. La impresión de jugar fulbito me hace olvidar la idea de gozar con las manos. Si hubiera habido pastilla para desaparecer el libido, yo la compraba. Tengo que estar con gente para no caer en tentación y ser penitente.

Leí un libro de Alquimia y luego de terminarlo concluí que, si no paraba ese vicio solitario, yo sería el próximo paciente del

Hospital Larco Herrera de Lima. Mejor me amarro las manos para estudiar tranquilo o mejor me colocó agua helada en bolsas sobre mis genitales.

Pregunté a un vendedor de emolientes si había plantas medicinales para calmar el líbido. El emolientero que parecía ser ducho en plantas medicinales me dio un preparado de ayahuasca, chuchuhuasi en buena dosis. Le aumentó otras plantas selváticas en menor proporción. El negociante me aseguró que eran efectivas.

Rato después de haberlo bebido, sentí mareos. Aún pude ver a la gente que se agigantaba. Vi que las calles de la ciudad estaban flanqueadas por rascacielos. Dos perros negros me cogieron de los brazos y me introdujeron a una casa rodante.

Llegué a una mansión pintado de color marfil. Me acuerdo que dos perros blancos, a la fuerza me obligaron a tomar un líquido ácido y después me encerraron dentro de un carro blanco.

Por las dos bocas, arrojé cochinadas que se perdieron por un túnel sin fondo.

En la camilla, miré mi rededor cohibido por los gestos y muecas que hacían varios señores. Por la ventana, vi el atardecer. En el patio, una señora cavó un hoyo imaginario con una herramienta parecida al pico, después de hacer el hueco la señora volvía a cubrir de tierra imaginaria el hueco. A mi lado, un señor, afirmaba que merecía el Nobel de Literatura, me mostró su poema cumbre escrito en papel de azúcar. Los versos eran garabatos de un infante.

"Le hemos hecho un lavado gástrico. Ud. ha podido morir intoxicado". "No sabíamos cómo avisar a sus familiares". "Gracias Doctor por salvarme, ese emolientero tiene la culpa". "Ud. es estudiante por lo que veo sus cuadernos, cómo se le ocurre creer

a un charlatán". "Es razonable lo que piensa Doctor, ahora quiero dedicarme a estudiar, ya no pensar en sexo o en mujeres". "Voy a leer como Newton o Einstein o Galileo; ellos no tenían deseos sexuales". "Quisiera saber de estos científicos, cómo dominaban sus impulsos sexuales".

FIN

ÍNDICE

PREÁMBULO 6
CAPÍTULO I 8
CAPÍTULO II 11
CAPÍTULO III 14
CAPÍTULO IV 17
CAPÍTULO V 23
CAPÍTULO VII 32
CAPÍTULO VIII 36
CAPÍTULO IX 43
CAPÍTULO X 46
CAPÍTULO XI 52
CAPÍTULO XII 56
CAPÍTULO XIII 62
CAPÍTULO XIV 65
CAPÍTULO XV 67
CAPÍTULO XVI 70
CAPÍTULO XVII 72
CAPÍTULO XVIII 75
CAPÍTULO XIX 79
CAPÍTULO XX 83
CAPÍTULO XXII 95
CAPÍTULO XXXIII 103
CAPÍTULO XXIV 111
..... 117
CAPÍTULO XXVI 117
CAPÍTULO XXX 135
EPÍLOGO 138
TÉRMINOS QUECHUAS 7

TÉRMINOS QUECHUAS

Ishi	= diminutivo de Isidora
Qoriwasi	= casa de oro
Pishtaco	= degollador
Yana mayu	= río negro

TÉRMINO COLOQUIAL

Cachimbo	= nuevo
Huevadas	= tonterías
Germa	= chica
Pata	= joven o señor